JOVENES BARBAROS

LECTURAS DISTINTAS PARA MILITANTES NR

ARDITI Y FREIKORPS

"la marcha de los Arditi sobre el Adriático se realiza mientras los Cuerpos Francos alemanes progresan hacia el Báltico, a través de Curlandia. Estas dos aventuras son estrictamente contemporáneas (...) es de esos raros momentos de la Historia en las que una fracción del Ejército, rechazando el seguir jugando el papel al que el Estado quería reducirlo- el de guardián y protector de una situación dada- se lanza a la aventura de abrir el camino a un nuevo Derecho humano"

Benoist-Mechin

LOS AÑOS DEL CAOS DEL FINAL DE LA GRAN GUERRA HASTA LA MARCHA SOBRE FIUME

NUEVO DISEÑO PARA LEER EN PANTALLA



Esta revista se considera parte del proyecto social, cultural, estético y político del MSR.

Una República Social dentro de una Europa Unida desde Finisterre al Caucaso, desde las tierras altas de Escovia hasta Sicilia y las Islas griegas del Meditérraneo.

Cantamos la tradición de lo que fue, recuperamos los viejos textos, sin olvidar que estamos en el presente y en el presente hemos de vivir y combir por un orden social más justo y más humano.

¡Sigue la llama!

www.msr.org.es



EDITORIAL

No queremos que nos traten con indulgencia nuestros mejores enemigos,
ni tampoco aquellos a quienes amamos de corazón

¡Dejadme, pues, deciros la verdad!... ¡Hermanos en la guerra!
Os amo de todo corazón; yo soy y era vuestro semejante... soy también vuestro enemigo.

¡Dejadme, pues, deciros la verdad!
Conozco el odio y la envidia de vuestro corazón.
No sois bastante grandes para no conocer el odio y la envidia.
¡Sed, pues, bastante grandes para no avergonzaros de ello!
Y si no podéis ser los santos del conocimiento, sed al menos sus guerreros.
Ellos son los compañeros y los precursores de esa santidad.

Yo veo muchos soldados; ¡ojalá pueda ver muchos guerreros!
Se llama 'uniforme' lo que llevan; ¡que no sea uniforme lo que ocultan debajo!

Vosotros debéis ser de aquellos cuyos ojos buscan siempre un enemigo, vuestro enemigo.
Y en algunos de vosotros se descubre odio a primera vista.
Vosotros debéis buscar a vuestro enemigo y hacer vuestra guerra, una guerra por vuestros pensamientos.
Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad, sin embargo, debe cantar victoria.

Debéis amar la paz como un medio de guerras nuevas; y la paz corta mejor que la larga.
Yo no os aconsejo el trabajo, sino la lucha.
No os aconsejo la paz, sino la victoria.
¡Que vuestro trabajo sea una lucha! ¡Que vuestra paz sea una victoria!
No es posible callarse y permanecer tranquilo sino cuando se tienen flechas y un arco; de otro modo, se charla y disputa.
¡Que vuestra paz sea una victoria!

¿Vosotros decís que la buena causa es la que santifica aún la guerra?
Yo os digo: la buena guerra es la que santifica todas las cosas.
La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo.
No vuestra piedad, vuestra bravura es la que salvó hasta el presente a los náufragos.

¿Qué es bueno? preguntáis: Ser valiente.
Dejad decir a las niñas: 'Bueno es lo bonito y tierno'.

Se os llama gente sin corazón; pero vuestro corazón es sincero, y a mí me gusta el pudor de vuestra cordialidad.
Vosotros os avergonzáis de vuestro flujo, y otros se avergüenzan de su reflujo.

¿Sois feos vosotros?
¡Pues bien, hermanos míos; envolveos en lo sublime, el manto de la fealdad!
Cuando vuestra alma crece, se hace arrogante, y hay maldad en vuestra elevación.
Yo os conozco.
En la maldad, el arrogante se encuentra con el débil, pero no se comprenden.
Yo os conozco.

No debéis tener enemigos más que para odiarlos, y no para despreciarlos.
Debéis estar orgullosos de vuestro enemigo; entonces los triunfos de él serán también triunfos vuestros.

La rebelión es la nobleza del esclavo.
¡Sea vuestra nobleza la obediencia!
¡Sea obediencia vuestro mandato mismo!
Para el verdadero hombre de guerra suena más agradablemente 'tú debes' que 'yo quiero'.
Y vosotros debéis procurar mandaros todos lo que queráis.

Que vuestro amor a la vida sea amor a vuestras más altas esperanzas;
y que vuestra más alta esperanza sea el más alto pensamiento de la vida.
Y vuestro más alto pensamiento debéis oírlo de mí,
y es éste: el hombre es algo que debe ser superado.

Así, vivida vuestra vida de obediencia y de guerra.
¡Qué importa la longitud de la vida!
¡Qué guerrero quiere reservarse!
Yo no uso de blanduras con vosotros... ¡yo os amo de todo corazón, hermanos en la guerra!

Federico Nietzsche. Así habló Zaratustra

EL NUEVO FORMATO

Ya que no podemos adaptar las pantallas a las revistas tendremos que adaptar las páginas de las revista en línea a la pantalla. Por eso nos hemos decidido parar a publicar en un nuevo formato que llena perfectamente la pantalla de un ordenador y permite leer toda la página de una sola vez. Esperamos que el nuevo formato os sirva de ayuda a la hora de pasar un buen rato con los textos que os hemos reunido en este ejemplar. Hemos decidido también sacar una edición sin fondos de página y en grises que pueda imprimirse sin demasiado consumo de tintas. Algo se perderá de nitidez en las imágenes pero cualquier cosa que facilite la llegada de estos textos a cuanta más gente mejor no puede ser sino buena.
Confiamos en que disfrutéis de este ejemplar y hasta enero.



DESDE EL FINAL DE LA GRAN GUERRA A LA GESTA DE FIUME

Entre las dos grandes guerras civiles de Europa, entre la del 14 y la del 39, inmediatamente después de acabada la Gran Guerra del 14 al 18, hubo un momento en que toda utopía, por loca que fuera parecía al alcance de la mano. La cómoda Europa de la Belle Epoque dio paso a la peor de las matanzas. El fracaso de las mentalidades liberales y burguesas porque tan burgueses eran en su mentalidad los social demócratas alemanes como los zares rusos, se convirtió en una pesadilla por la que los europeos aún estamos pagando, un siglo más tarde el precio.

El periodo inmediatamente posterior al final de la Gran Guerra vio la aparición de numerosas rebeliones contra el orden parlamentario y liberal que había conducido Europa a la guerra. Hubo reacción, de izquierdas tanto como de derechas, en todos los países, entre todos los desmovilizados. La única victoria de las democracias burguesas occidentales, después de una guerra por la que eran tan culpables como el Káiser, fue a duras la supervivencia, pero incluso en Francia e Inglaterra soldados desmovilizados como Georges Valois u Oswald Mosley habían aprendido a desconfiar de los políticos que venden la guerra y se quedan en retaguardia. Esa reacción de rechazo fue mayor aún en Europa Central y en la periferia de los Imperios y supuso la aparición de los nacionalismos revolucionarios y el renacer de países que habían desaparecido de la historia siglos antes.

Polonia y Finlandia se liberaron del yugo ruso justo cuando Rusia se liberaba de la incompetencia zarista, Irlanda se alzó contra Inglaterra y logró dar el primer paso en pos de su independencia, las fronteras se hicieron flexibles y todo pareció posible.

Fue el momento de los atrevidos. Los socialistas se redescubrían patriotas, los oficiales prusianos hablaban del socialismo de las trincheras, los artistas de vanguardia firmaban manifiestos políticos, los jóvenes soñadores de Alemania se iban a reconstruir a orillas del Báltico el estado de los caballeros teutónicos, mientras que los de Irlanda se alistaban en columnas volantes y hostigaban al numeroso

ejercito del rey inglés. En Italia un poeta mujeriego y, según algunos, decadente, después de alistarse y servir en la caballería, en la aviación y tripular lanchas rápidas, conquistaba un pedazo de su país que consideraba mal asignado de Yugoslavia y fundaba una ciudad estado, en la que era a la vez Dux a la manera veneciana y capitán de piratas, y la daba una constitución que dejaba claro que la propiedad privada no es sagrada y el arte es un bien público.

En cuatro años había muerto la vieja Europa burguesa y parlamentaria y todos los sueños parecían posibles. Algunos de aquellos sueños quedaron pronto truncados y otros se convirtieron en pesadillas… los rusos pasaron de una tiranía incompetente a una competente, los irlandeses tuvieron que firmar un acuerdo de Paz que dejaba su independencia incompleta, los jóvenes que fueron al Báltico tuvieron suerte si lograron regresar a Alemania. En Fiume fue la marina italiana quien acabó por bombardear a los patriotas italianos.

No todo acabó mal: En Polonia tuvo lugar la batalla de caballería más grande de la historia contemporánea y nadie lo recuerda pero aquel combate, acabado con la victoria polaca detuvo el avance bolchevique contra Occidente. En Italia se realizaba mientras tanto una renovación de fuerzas espirituales y políticas realmente revolucionaria.

Fueron años de caos y esperanza, fueron años bárbaros en los que como en nuestros juegos infantiles fue posible jugar a ser un caballero, un guerrero o, incluso, en Fiume, un pirata y un príncipe.

En este número y en las parte central de las páginas hablaremos de un soldado que se hizo escritor, Junger, y de un escritor que se hizo guerrero, D´Annunzio, de cómo Junger obtuvo su Pour le Merite, de cómo muchos de los amigos de Junger, aunque no el escritor se hicieron Freikorps, de como D´Annunzio conquistó su ciudad y la dio esa constitución que irritó a muchos patriotas de la vieja escuela pero predijo lo que iban a ser los nuevos estados.

En las columnas de los lados hablaremos de las Máuser, que son una pistolas muy bonitas y por delante de su época, de la medalla Pour le Merite, y que agradable coincidencia que su ultimo ganador fuera un buen escritor y pudiera contarnos su historia, de Heideger, de Margarita Yourcenar, de los arditi (plural de ardito) que lucharon en la gran guerra y siguieron a D´Annunzio en Fiume, e incluiremos un par de bibliografías para los que quieran seguir leyendo.



MI ULTIMO ASALTO

E.JUNGER

El 30 de julio de 1918 quedamos acuartelados en Sauchy-Léstrée, una bonita aldea de Artois rodeada de estanques resplandecientes; allí íbamos a pasar un período de descanso. A los pocos días marchamos a pie hasta Escaudoeuvres, situado todavía más lejos del frente; era un triste suburbio obrero que el aristocrático Cambrai había expulsado, por así decirlo, de su seno.

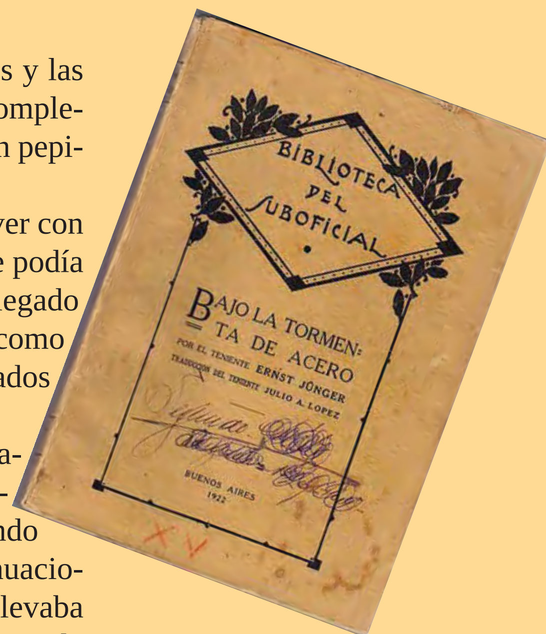
La casa en que me alojaba estaba en la Rue des Bouchers; allí ocupaba la mejor habitación de la vivienda de una familia obrera del norte de Francia. El mueble principal de mi cuarto era el habitual lecho gigantesco; había además una chimenea en cuya repisa se encontraban varios jarrones de vidrio rojo y azul, una mesa redonda, sillas, algunos cromos del Familistére sujetos en las paredes, con títulos como Vive la classe o Souvenir de premiére communion, tarjetas postales y otras cosas por el estilo. La ventana de aquella habitación daba a un camposanto.

Las claras noches de luna llena favorecían la visita de los aviones enemigos, que nos hicieron ver la superioridad material cada vez mayor del otro bando. Noche tras noche llegaban numerosas escuadrillas que volaban por encima de nosotros y arrojaban bombas de una siniestra potencia explosiva sobre Cambrai y también sobre los suburbios. La miedosa precipitación con que bajaban al sótano mis huéspedes me molestaba más que el zumbido de los motores de los aviones, un zumbido fino, parecido al que producen los mosquitos, y más también que el gran número de explosiones retumbantes. Es preciso tener en cuenta, de todos modos, que la víspera de mi llegada había estallado una bomba delante de la ventana de mi habitación; aquella bomba había tirado al suelo, aturdido, al dueño de la casa, que estaba durmiendo en la cama, había arrancado además una pata de ésta y llenado de agujeros las paredes. Este hecho fortuito me dio, sin embargo, una sensación de seguridad, pues yo compartía un poco la superstición de los viejos guerreros; según ella, el embudo que acaba de ser abierto por un proyectil es el lugar que más seguridad ofrece.

Tras un día de descanso recomenzó la cantinela de siempre, es decir, los ejer-

cicios. Una gran parte del día nos la ocupaban la instrucción, las clases teóricas, las revistas, las reuniones y las inspecciones. En una ocasión tuvo que dictar un tribunal de honor un fallo y ello nos llevó una mañana completa. El rancho volvía a ser escaso y malo. Hubo una temporada en que lo único que nos daban para cenar eran pepinos; el seco humor de la tropa los bautizó con el acertado nombre de "salchichas de jardinero".

Me dediqué principalmente a entrenar una unidad de choque, pues los últimos combates me habían hecho ver con claridad que nuestras fuerzas de lucha estaban sufriendo una transformación creciente. Lo único con que se podía contar para el choque propiamente dicho era un pequeño número de hombres, pero tales hombres habían llegado a constituir una estirpe dotada de una dureza especial. En cambio, la masa de los demás contaba a lo sumo como fuerza de fuego. Casi siempre era preferible, en aquellas circunstancias, ser el jefe de un pelotón de soldados decididos que no mandar una compañía de pusilánimes.



El tiempo libre lo dedicaba a leer, bañarme, hacer prácticas de tiro y montar a caballo. Muchas tardes disparaba más de cien cartuchos contra botellas y latas de conservas. Cuando paseaba a caballo encontraba octavillas que el enemigo lanzaba en cantidades masivas sobre nosotros; el servicio de propaganda del otro bando nos las distribuía en ediciones cada vez más numerosas, como si fueran proyectiles morales. Junto a insinuaciones sobre asuntos políticos y militares, contenían, sobre todo, descripciones de la magnífica vida que se llevaba en los campos ingleses de prisioneros. Una de ellas decía: "Y ahora, en confianza, ¡qué fácil es extraviarse en la oscuridad cuando uno regresa de llevar el rancho a las trincheras o de realizar labores de fortificación!". Otra contenía incluso el poema de Schiller "Britania libre". Pequeños globos que flotaban libremente en el aire llevaban hasta el frente, cuando el viento era favorable, aquellas octavillas; iban atadas en paquetes y, tras haber estado balanceándose en el aire un determinado tiempo, una mecha las dejaba sueltas. Por cada ejemplar que uno entregase daban una recompensa de treinta peniques, lo que indicaba que el mando consideraba peligroso el efecto que pudieran producir; de todos modos, los costes se hacían recaer sobre la población del territorio ocupado.

Una tarde cogí una bicicleta y marché con ella hasta Cambrai. Aquella amable y antigua ciudad estaba desolada y vacía. Las tiendas y los cafés se hallaban cerrados, y aunque una oleada de figuras vestidas con el uniforme alemán anegaba sus calles, éstas parecían muertas. Mi visita alegró sinceramente al señor y a la señora Plancot, que un año antes me habían ofrecido un alojamiento tan espléndido. Me contaron que la situación había empeorado en todos los aspectos. De lo que principalmente se lamentaron fue de las frecuentes visitas de los aviones; éstos los obligaban a subir y bajar varias veces las escaleras cada noche. Entre ellos discutían qué era más aconsejable, si perecer por causa de una bomba en el primer sótano o morir aplastados por los escombros en el segundo. Aquellos ancianos señores, cuyos rostros reflejaban tanta preocupación, me causaron verdadera lástima. Cuando los cañones empezaron a hablar algunas semanas más tarde, tuvieron que abandonar precipitadamente la casa en que habían pasado toda su vida.

ERNST JUNGER Y LA POLITICA

Existen tres tendencias entre los críticos y los lectores de Junger. De un lado aquellos que pretenden negarle cualquier valor literario en virtud de sus amistades políticas de juventud, del otro aquellos que porque reconocen su valor literario tratan de hacer olvidar esas mismas amistades, y finalmente aquellos que reconociendo que Junger de joven pudo simpatizar con Hitler, y que de esa admiración quedan rastros en sus escritos de la época son conscientes de que Junger evolucionó y se aparto de Hitler. Nos dicen también que se separó porque era un prusiano clasista pero lo cierto es que cronologicamente hablando vino a hacerlo después de la liquidación del ala izquierda del NSDAP. Como si cualquiera de esos cambios políticos afectase a la calidad de su obra...
1923. Jünger ha publicado dos libros, Tormentas de acero y La guerra, nuestra madre. Una tarde, en el Circo Krone, escucha, por vez primera, a un joven agitador, llamado Adolf Hitler. Era «como una purificación», dirá. «No era un discurso, era un acontecimiento con la fuerza de lo elemental», en ese país «humillado» que era la

Sobre las once de la noche del 23 de agosto me desperté sobresaltado apenas acababa de coger dulcemente el sueño; alguien dada violentos golpes en la puerta de mi habitación. Era un enlace, que traía la orden de marcha. Ya la víspera nos habían llegado desde el frente los monótonos truenos y estampidos de un fuego de artillería inusitadamente violento; mientras hacíamos la instrucción, mientras comíamos, mientras jugábamos a las cartas, a todas horas estuvimos oyendo aquellos ruidos. Eran una advertencia para que no nos imaginásemos que nuestro período de descanso iba a durar mucho tiempo. Habíamos acuñado una palabra especial, muy sonora, para referirnos a aquel lejano gorgoteo del tronar de los cañones: "bumbumbar".
Rápidamente hicimos el equipaje y formamos en la carretera que llevaba a Cambrai; en aquellos momentos caía una lluvia torrencial. Nos dirigimos a Marquion, adonde llegamos sobre las cinco de la mañana. Nuestra compañía quedó alojada en una granja de enormes dimensiones, cuyo, patio estaba rodeado de numerosos establos semiderruidos; cada cual se acomodó como buenamente pudo. Yo y el alférez Schrader, mi único oficial de la compañía, nos metimos en una construcción de ladrillo parecida a una mazmorra; el fuerte olor a cabruno que allí había nos indicó que en tiempos pacíficos había servido para alojar cabras, pero en aquel momento sus únicos habitantes eran unas grandes ratas.

Por la tarde se celebró una reunión de oficiales para estudiar la situación; durante ella nos dijeron que aquella noche debíamos permanecer en estado de alerta en un lugar situado no lejos de Beugny, a la derecha de la gran carretera que unía Cambrai con Bapaume. Se nos advirtió que el enemigo podía atacarnos con los nuevos tanques, rápidos y manejables.
Distribuí a mi compañía en orden de combate dentro de un pequeño huerto de legumbres. De pie bajo un manzano dirigí unas palabras a mis hombres, que me rodeaban en semicírculo. Los rostros aparecían serios y viriles. No era mucho lo que había que decir. Todos habían llegado a ver con claridad por aquellos días que íbamos cuesta abajo; en todo ejército existe, además de la unidad de las armas, también una unidad moral, y ésta es la única que explica aquella unanimidad de criterio. El enemigo exhibía en cada nuevo ataque armas cada vez más poderosas; sus golpes empezaban a ser más rápidos y violentos. Todo el mundo sabía que no podíamos vencer. Pero plantaríamos cara al enemigo.
Schrader y yo cenamos aquella noche en el patio de la granja, sentados a una mesa que nos habíamos fabricado con los restos de un carro y la puerta de una casa; luego bebimos una botella de vino. Cuando acabamos nos metimos en la cabreriza, hasta que a las dos de la madrugada vino el centinela a decirnos que los camiones estaban ya esperándonos en la plaza mayor de la aldea.
Iluminados por luces fantasmales atravesamos, en medio de un gran estruendo, aquel terreno removido por la lucha; sobre él se había librado el año anterior la Batalla de Cambrai. Los villorrios de la zona habían quedado

machacados de una manera inverosímil y cuando cruzábamos sus calles, a cuyos lados quedaban los muros de las casas en ruinas, nos veíamos obligados a serpentear por entre los escombros. Muy cerca de Beugny nos descargaron de los camiones, luego nos condujeron hasta los lugares desde los que íbamos a partir para el asalto. Nuestro batallón ocupaba un camino en hondonada situado junto a la carretera BeugnyVaux. Antes del mediodía llegó un enlace que me trajo la orden de que mi compañía se adelantase hasta situarse junto a la carretera Frémicourt-Vaux. Este avance escalonado me hizo comprender que nos aguardaban sangrientos sucesos antes de que acabase el día. Aquel terreno estaba siendo bombardeado y ametrallado por aviones que volaban en círculo por encima de nosotros y por ello hice que mis tres secciones lo atravesaran en hilera, moviéndose en zigzag. Una vez que llegamos a la meta nos distribuimos en embudos y agujeros, pues hasta la parte de acá de la carretera llegaban, aunque de manera aislada, las granadas lanzadas por el enemigo.

Me sentía tan mal aquel día que inmediatamente me tendí en una pequeña zanja y me quedé dormido. Al despertarme me puse a leer el ejemplar de Tristram Shandy que llevaba en mi guardamapas; así pasé la tarde, tumbado al sol, que me calentaba con sus rayos, en ese estado de indiferencia propio de los enfermos.

A las seis y cuarto de la tarde llegó un enlace; nos convocaba a los jefes de compañía a una reunión con el capitán von Weyhe.

-Tengo que darles una grave noticia, y es que atacamos. Habrá una preparación artillera de media hora y a las siete nuestro batallón se lanzará al ataque. Partirá de la linde occidental de Favreuil; el punto de dirección de la marcha es el campanario de Sapignies.

Hicimos algunos comentarios acerca de la orden y tras un enérgico apretón de manos salimos deprisa hacia donde se hallaban nuestras compañías; el fuego comenzaría diez minutos más tarde y aún teníamos que recorrer a pie un largo trayecto. Informé a mis jefes de sección de la orden recibida y mandé que la compañía formase.

-Los pelotones, en columna de a uno, separados por una distancia de veinte metros. Dirección de la marcha, hacia la izquierda, oblicuamente, las copas de los árboles de Favreuil.

Una buena señal del espíritu que aún seguía vivo entre nosotros fue que me vi obligado a decidir quién se quedaría atrás para informar a la cocina de campaña sobre el lugar en que estaríamos. Nadie se ofreció voluntario.

Iba caminando muy por delante de mi compañía; me acompañaban mis ordenanzas y el sargento Reinecke, que conocía bien aquella zona. De detrás de los setos y las ruinas saltaban los disparos de nuestros cañones. Su fuego se asemejaba más a un ladrido furioso que a una marea exterminadora. Cuando miraba hacia atrás veía a mis pelotones avanzar en un orden impecable. Junto a ellos se alzaban las pequeñas nubes de polvo producidas por los proyectiles lanzados desde los aviones. Ráfagas de balas, vainas de granadas y aletas de shrapnels atravesaban con un bufido infernal los espacios vacíos que entre las menguadas hileras de mis hombres quedaban. A la derecha se

Alemania de después del Tratado de Versalles. «Un desconocido hablaba y decía lo que había que decir y todos sentían que tenía razón»...
23 de septiembre de 1923. Acaba de enviar sus libros, con una dedicatoria entusiasta, «al guía nacional, Adolf Hitler». Y entrega a la Völkischer Beobachter su primer gran artículo político. Un artículo en el que anuncia la «revolución», pero «la verdadera», la que «todavía no se ha realizado», la revolución cuya base será «étnica» y cuyo estandarte será la cruz gamada. ¿El dinero? No, «no será el dinero el motor de esta revolución, sino la sangre». Porque la sangre «debe asegurar la libertad del todo a costa del sacrificio del individuo, debe lanzar sus olas contra todas las limitaciones que nos oprimen, debe eliminar todos los elementos que nos perjudican».

1926. El golpe de la cervecería ha fracasado. Hitler se convierte a la estrategia de la acción legal. Jünger, con sus amigos del Standarte primero y del Arminius después, periódicos ultranacionalistas que son el laboratorio del nacionalismo revolucionario naciente, lucha a favor del reagrupamiento en torno al «núcleo lleno de sangre» de los grupos de ex combatientes, extremistas

(radikalen), racistas (völkischen) y nacionales sociales (national-sozialen), que crecen en la Alemania de la época. El «único medio» del que estamos seguros al cien por cien, sigue diciendo, es que nunca utilizaremos «el electoralismo».

1930. Se acerca el asalto el poder. Jünger se distancia de Hitler. Pero sigue creyendo en la virtud redentora de la guerra. Sigue pensando que la nación, entendida como comunidad de sangre(Blutgemeinschaft) es el motor de la Historia. Y le entrega al Süddeutsche Monatschette un texto titulado A propósito del nacionalismo y de la cuestión judía. En él dice, entre otras cosas, «en la medida en la que la voluntad alemana vaya ganando en claridad y vaya encontrando su forma, la más mínima esperanza de que un judío pueda ser alemán en Alemania será sólo una vana ilusión y se verá colocado ante una última alternativa: o ser judío en Alemania o no ser».

Años 30. Se niega a entrar en la Academia alemana de la poesía. Protesta contra la noche de los cuchillos largos y contra la eliminación del ala izquierda del partido nazi. De hecho, se va. Se aleja, no sólo política,

hallaba Beugnâtre, que estaba siendo bombardeado con dureza; desde allí llegaban pesadamente hasta nosotros con un gruñido trozos dentados de hierro que, tras una breve detonación, quedaban aplastados en el suelo legamoso.
Más desagradable todavía fue el avance detrás de la carretera Beugnâtre-Bapaume. Varias granadas de efecto explosivo estallaron de repente delante, detrás y en medio de nosotros. Nos dispersamos y nos arrojamos dentro de los embudos. Yo caí de rodillas encima del "producto del miedo" dejado allí por alguien que me había precedido; a toda prisa hice que mi ordenanza me limpiase burdamente los pantalones con un cuchillo.
Las nubes producidas por las numerosas explosiones de las granadas se aglomeraban ya en las afueras de la aldea de Favreuil; en medio de aquellas nubes subían y bajaban en rápida alternancia columnas de tierra de color pardo. Me adelanté hasta las primeras ruinas con el fin de escoger una posición y luego, con mi bastón de paseo, hice señales a los hombres para que me siguieran.
Aquella aldea estaba rodeada de barracones destruidos por los disparos; detrás de ellos se fueron reuniendo algunos contingentes de los batallones primero y segundo. Una ametralladora enemiga nos causó algunas víctimas durante el último trecho del camino. Desde mi puesto observaba el fino cordón de nubecitas de polvo que las balas levantaban; de vez en cuando quedaba prendido en aquel cordón, como en una red, alguno de los hombres que llegaban. Uno de los heridos fue el sargento Balg, de mi compañía; una bala le atravesó una pierna.
Una figura humana vestida con un Manchester pardo atravesó impasible el bombardeado terreno y vino a estrecharme la mano. Kius y Boje, el capitán Junker y Schaper, Schrader, Schläger, Heins, Findeinsen, Hóhlemann y Hoppenrath se encontraban detrás de un seto barrido por el plomo y por el hierro y discutían largamente acerca del ataque. Durante muchos días de cólera habíamos luchado en un mismo campo y también aquella vez los rayos del sol, ya muy bajo en el horizonte, iluminarían la sangre de casi todos nosotros.
Algunos contingentes del Primer Batallón penetraron en el parque del castillo. Del Segundo Batallón, únicamente mi compañía y la quinta habían logrado cruzar casi intactas aquella cortina de llamas. Atravesando embudos y ruinas de edificios nos fuimos abriendo paso hasta llegar a un camino en hondonada que corría por la linde occidental de la aldea. Mientras iba andando recogí del suelo un casco de acero y me lo planté en la cabeza - sólo en situaciones muy comprometidas solía hacer eso. Con gran asombro comprobé que Favreuil estaba muerto. Al parecer, la guarnición había abandonado el sector que le correspondía defender; sobre las ruinas gravitaba ya esa atmósfera tensa que en tales momentos es peculiar de los espacios sin dueño, una atmósfera que otorga una agudeza extrema a los ojos.

Sin que nosotros los supiéramos, el capitán von Weyhe, gravemente herido, yacía a solas dentro de un embudo situado detrás de la aldea. La orden que nos había dado era que las compañías se lanzasen al asalto del modo

siguiente: en primera línea, las Compañías Quinta y Octava; en segunda, la Sexta; y en tercera, la Séptima. Como ni la Sexta ni la Octava daban señales de vida, resolví atacar, sin preocuparme por más tiempo del escalonamiento.

Eran ya las siete de la tarde. A través de las bambalinas formadas por restos de edificios y troncos de árboles vi salir a campo abierto, disparando un débil fuego de fusil, una línea de tiradores. Seguramente era la Quinta Compañía.

En el camino de hondonada que nos servía de protección dispuse a la tropa para el ataque y ordené que entrase en acción en dos oleadas.

-Distancia, cien metros. Yo mismo iré entre la primera y la segunda oleada.

Partimos hacia el último asalto. ¡Cuántas veces habíamos caminado en los años anteriores hacia el sol poniente en un estado de ánimo similar al que entonces nos embargaba! ¡Les Eparges, Guillemont, Saint-Pierre-Vaast, Langemarck, Passchendaele, Moeuvres, Vraucourt, Mory! De nuevo nos aguardaba una fiesta de sangre.

Abandonamos el camino en hondonada con la misma precisión con que lo habríamos hecho en un campo de ejercicios, si prescindimos de que "yo mismo", como decía la bonita fórmula de la orden que había dado, me encontré de repente en campo abierto delante de la primera oleada; junto a mí caminaba el alférez Schrader.

Mi estado físico había mejorado un poco, pero aún me sentía débil. Haller, que más tarde emigró a Sudamérica, me contó, cuando vino a despedirse, que el hombre que iba a su lado le había dicho:

-¡Oye, me parece que el alférez no regresa hoy!

Haller era un hombre extraño; a mí me gustaba su espíritu salvaje y destructivo. En aquella conversación me reveló una serie de cosas por las cuales me enteré, con asombro, de que el simple soldado pesa el corazón de su jefe en una balanza de precisión. Yo me sentía efectivamente muy débil y desde el principio pensé que aquel ataque era un error. Sin embargo, de todos los que realicé es éste el que más me gusta recordar. Aquel ataque carecía del ímpetu poderoso de la Gran Batalla, de la hirviente euforia que reinaba en ésta. Pero los sentimientos que me embargaban eran muy impersonales, era como si me observase a mí mismo con unos prismáticos. Fue aquélla la primera vez que en la guerra pude oír los siseos de los pequeños proyectiles como algo que pasase silbando junto a un objeto. El paisaje era de una transparencia cristalina.

Los disparos que salían a nuestro encuentro llegaban todavía de manera aislada; tal vez los muros de la aldea que quedaban a nuestra espalda impedían que el enemigo nos viese con claridad. Yo llevaba en la mano derecha mi bastón de paseo y en la izquierda la pistola; avanzaba a grandes pasos. Casi sin darme cuenta dejé en parte a mi espalda y en parte a mi derecha la línea de tiradores de la Quinta Compañía. Mientras avanzaba noté que se me había desprendido del pecho la Cruz de Hierro; había caído al suelo. Schrader, mi ordenanza y yo nos dedicamos


El joven Junger va a la guerra...

sino también físicamente de la Alemania nazi. Es la época de sus viajes a las Azores, a las Canarias, a Marruecos y a París. Se puede decir realmente que el autor de Trabajador, que el apóstol de una raza destinada a realizar la «revolución técnica anticristiana» rompe con Hitler.

Y sin embargo Jünger sigue siedo antiliberal. Sigue siendo definitiva y ferozmente antidemócrata. El inspirador épico del primer nacionalismo de posguerra comparte, hasta el último momento, el principio mismo de su política

a buscarla con todo interés, aunque tiradores ocultos nos tomaban como blanco de sus fusiles. Por fin la sacó Schrader de una mata de hierba y volví a prendérmela.
El terreno descendía. Sobre un fondo de barro de color pardo-rojizo se movían unas figuras borrosas. Una ametralladora nos aporreaba con sus ráfagas. Se acrecentó la sensación de que no había escapatoria. Pese a ello, empezamos a correr mientras el fuego se concentraba sobre nosotros.
Saltamos por encima de pozos de tiradores y de tramos de trinchera excavados a la ligera. En el preciso momento en que estaba saltando por encima de una trinchera un poco mejor construida, me lanzó por los aires, como un ave de caza, un golpe incisivo que noté en el pecho. Di un sonoro grito, con cuyo chillido pareció escapárseme el aire de la Vida, giré en redondo y caí al suelo con estrépito.
Por fin me había atrapado una bala. A la vez que percibía el balazo sentí que aquel proyectil me sajaba la vida. Delante de Mory, en la carretera, había notado ya la mano de la Muerte - esta vez me aferraba más fuerte, más nítidamente. Mientras caía pesadamente sobre el piso de la trinchera había alcanzado el convencimiento de que aquella vez todo había acabado, acabado de manera irrevocable. Y, sin embargo, aunque parezca extraño, fue aquél uno de los poquísimos instantes de los que puedo decir que han sido felices de verdad. En él capté la estructura interna de la vida, como si un relámpago la iluminase. Notaba un asombro incrédulo, el asombro de que precisamente allí fuera a acabar mi vida; pero era un asombro lleno de alegría. Luego oí cómo el fuego se debilitaba; parecía que me hundiese como una piedra bajo la superficie de un oleaje furioso. Allí no había ya ni guerra ni enemistad.

LOGRAMOS ABRIRNOS PASO

He tenido numerosas ocasiones de ver en su lecho de heridos a muchos hombres que estaban perdidos y que soñaban; no participaban ya ni en el ruido del combate ni en la suprema excitación de las pasiones humanas que en torno a ellos se agitaban. Y puedo decir que no he permanecido completamente ajeno a sus secretos.
El tiempo que estuve inconsciente en el suelo, si se lo mide por el reloj, tal vez no fuese muy largo - seguramente duró lo que tardase en llegar nuestra primera oleada de ataque hasta la trinchera en que yo había caído. Me desperté con la sensación de una gran desgracia; estaba encajado entre unos estrechos taludes de barro. A lo largo de una fila de hombres agachados se deslizaba este grito:
-¡Enfermeros! ¡Está herido el jefe de la compañía!
Un hombre ya mayor, perteneciente a otra compañía, inclinó hacia mí su rostro bondadoso, me desabrochó el cinturón y me abrió la guerrera. Aquel hombre vio dos manchas redondas ensangrentadas - una en el centro del lado

derecho del pecho y otra en la espalda. Una sensación de parálisis me encadenaba a la tierra; el aire ardiente de la angosta trinchera me bañaba en un sudor angustioso. Mi compasivo ayudante me refrescaba abanicándome con mi guardamapas. Me costaba un esfuerzo enorme respirar y tenía puestas mis esperanzas en la llegada de la oscuridad.

Una tormenta de fuego se desencadenó repentinamente desde Sapignies. Eran unos truenos continuos, unos aullidos y martilleos seguidos y regulares, y evidentemente no significaban sólo el rechazo de nuestro ataque, tan mal planeado. Encima de mí veía el rostro, petrificado bajo el casco de acero, del alférez Schrader; como si fuera una máquina, disparaba y cargaba una y otra vez su arma. Entre nosotros se entabló una conversación que recordaba la escena de la torre de La doncella de Orleans.* Yo no estaba ciertamente para bromas, pues tenía clara consciencia de hallarme perdido.

Deutsche Sturmtruppen durchschneiden das feindliche Drahtverhau.



MAUSER

Una de las armas mas bonitas nunca diseñadas, la Mauser C-96 fue una pistola semiautomática que conoció un amplio uso. Fue producida desde 1896 hasta 1936 en Alemania, así como de forma modificada - con o sin licencia - en países como España o China.

Las principales características de la C-96 son el cargador interno situado delante del gatillo, el largo cañón, el culatín de madera que la sirve de funda y el mango con forma del cabo de una escoba.

La Mauser C-96 puede considerarse una de las primeras armas para defensa personal, ya que su largo cañón y potente cartucho le otorgaban un mayor alcance y mejor capacidad de penetracion que la mayoría de pistolas de la época. Existen diversas variantes, que incluyen a la "Bolo" de cañón corto y mango pequeño, las variantes con cargadores extraíbles cuya capacidad fluctúa entre los 6 y 40 cartuchos y modelos como la automática M712 Schnellfeuer (fuego rápido) de 1932, capaz de disparar ráfagas.

Durante la Primera Guerra Mundial, el Ejército Imperial Alemán encargó a la Mauser un lote de 150 000 pistolas C-96 recalibradas para el cartucho 9 x 19. Esta variante fue llamada "Red 9", por el gran número grabado y pintado en rojo sobre las cachas para que los usuarios de la pistola no la carguen por error con otros cartuchos. Aproximadamente unas 135 000 fueron suministradas antes del fin de la guerra.

A pesar de la fama y popularidad de esta pistola a nivel mundial, el único país en donde la C-96 fue la principal pistola de su Ejército y Policía fue la República de China. Hoy la Mauser C-96 sigue siendo una pistola popular entre coleccionistas y cineastas.

Pocas veces le quedaba tiempo a Schrader para decirme algunas palabras sueltas; yo ya no contaba. Sabedor de mi impotencia, intentaba leer en su rostro cómo se desarrollaban arriba los acontecimientos. Todo indicaba que nuestros atacantes iban ganando terreno, pues oía cómo Schrader señalaba cada vez más frecuentemente, y cada vez con más excitación, a los hombres que estaban a su lado, unos blancos que necesariamente habían de moverse muy cerca de nosotros.
De repente, como cuando en una inundación se rompe un dique, saltó de boca en boca este grito horrorizado:
-¡El enemigo se ha infiltrado por la izquierda! ¡Estamos cercados!
En aquel instante horrible sentí que mi energía vital tornaba a encenderse como una chispa. Logré asirme con dos dedos a un agujero que había en el talud a la altura del brazo; seguramente lo habría hecho un ratón o un topo. Luego me fui alzando con lentitud, mientras la sangre retenida en los pulmones salía de la herida a chorros. A medida que fluía la sangre me sentía aliviado. Con la cabeza descubierta, la guerrera abierta y la pistola en la mano miré fijamente el combate.
Una hilera de seres humanos cargados con bultos cruzaba precipitadamente, en línea recta, unos bancos de humo blancuzco. Algunos caían y quedaban tendidos, otros daban una voltereta, como las liebres cuando reciben un balazo. A cien metros de donde estábamos el terreno de embudos engulló a los últimos. Aquellos hombres pertenecían sin duda a una unidad muy joven y no habían gustado aún el sabor del fuego; el valor que exhibían era el valor de la inexperiencia.
En la cresta de una elevación del terreno aparecieron, como arrastrados por un hilo, cuatro tanques. La artillería tardó pocos minutos en dejarlos allí clavados. Uno de ellos quedó partido en dos mitades, como si fuera un juguete de hojalata. A mi derecha se desplomó, con un grito de muerte, el valiente cadete Mohrmann. Tenía el valor de un león joven; ya me había dado cuenta de ello en Cambrai. Un disparo certero, que le dio en la frente, lo derribó; aquella bala iba mejor dirigida que la que Mohrmann me vendó a mí en aquella ocasión.
No todo parecía perdido, sin embargo. Al sargento aspirante a oficial Wilsky le dije con un susurro que se arrastrase hacia la izquierda y barriese con su ametralladora la brecha abierta por el enemigo. Regresó poco después y me dijo que veinte metros más allá se había rendido todo el mundo. Quienes allí estaban pertenecían a un regimiento distinto del nuestro. Hasta entonces había estado agarrado a una mata de hierba; me aferraba a ella como si fuera un timón. En aquel momento logré darme la vuelta y el espectáculo que se me ofreció fue extraño. Una parte de los ingleses se había infiltrado ya dentro de los elementos de trinchera que enlazaban con el nuestro por la izquierda; otra parte caminaba por encima de la trinchera con la bayoneta calada. Antes de que me percatase de la proximidad de aquel peligro me distrajo de él una sorpresa nueva y mayor; ¡por nuestra espalda avanzaban hacia nosotros otros atacantes y conducían prisioneros que iban con los brazos en alto! Sin duda el enemigo había

penetrado en la abandonada aldea inmediatamente después de que nos lanzásemos al ataque. En aquel momento estaba completando el cerco; nos había cortado los contactos con nuestras tropas.

La animación era cada vez mayor. Estábamos rodeados por un círculo de alemanes e ingleses que nos conminaban a que arrojásemos las armas. La confusión que allí reinaba se parecía a la de un barco en el momento del naufragio. A los hombres que estaban más cerca de mí los animé con voz débil a que siguieran luchando. Abrieron fuego contra amigos y enemigos. Nuestro pequeño grupo estaba rodeado de hombres que en parte permanecían mudos y en parte lanzaban gritos. Por el lado izquierdo dos ingleses gigantescos hundían sus bayonetas en un tramo de trinchera del que se alzaban manos suplicantes.

También algunos de los nuestros gritaron con voz chillona: -¡No sirve de nada! ¡Tirad los fusiles! ¡No disparéis, camaradas!

Miré a los oficiales que estaban conmigo en la trinchera. Respondieron a mi mirada con una sonrisa y se encogieron de hombros; luego dejaron caer al suelo sus cinturones.

No quedaban más que dos opciones: o el cautiverio o una bala. Me arrastré fuera de la trinchera y con pasos tambaleantes eché a andar hacia Favreuil. Era como si estuviese soñando uno de esos aciagos sueños en los que uno siente cómo los pies se quedan pegados al suelo. Tal vez la única circunstancia que me favoreció fue la confusión que allí reinaba; mientras unos hombres empezaban a intercambiar cigarrillos, otros seguían acuchillándose. Dos ingleses que conducían hacia sus líneas a un grupo de prisioneros pertenecientes a nuestro 990 Regimiento me salieron al encuentro. Apoyé mi pistola en el cuerpo del más próximo y apreté el gatillo. El otro descargó sobre mí todas las balas de su fusil, pero no dio en el blanco. Mis rápidos movimientos hacían que la sangre me saliese de los pulmones a borbotones. Podía respirar mejor y empecé a correr a lo largo de la trinchera. El alférez Schläger se encontraba detrás de un través; estaba en cuclillas en medio de un pelotón de hombres que disparaban. Se me unieron. Algunos ingleses que cruzaban el terreno se pararon, emplazaron en el suelo un fusil Lewis y abrieron fuego contra nosotros. Todos fueron alcanzados, excepto yo, Schläger y otros dos de los hombres que me acompañaban. Schläger, que era muy miope y había perdido sus gafas, me contó más tarde que lo único que veía era mi guardamapas, el cual subía y bajaba. Aquel guardamapas le servía de guía. La gran pérdida de sangre me daba una libertad y una ligereza como las que uno siente cuando está embriagado; un solo pensamiento me inquietaba, y era que pudiera desplomarme demasiado pronto.

Por fin llegamos a un pequeño pliegue del terreno; tenía forma de media luna y quedaba a la derecha de Favreuil. Media docena de ametralladoras pesadas escupían desde allí fuego sobre amigos y enemigos. En aquel lugar había, por tanto, una brecha o cuando menos una isla libre en el cerco; nuestra buena fortuna nos había guiado. Los proyectiles enemigos se estrellaban contra la arena de aquella especie de trinchera, los oficiales daban gritos, los soldados, nerviosos, danzaban de un lado para otro. Un suboficial médico de la Sexta Compañía me arrancó

la guerrera y me aconsejó que me tendiera en el suelo, pues corría peligro de de sangrarme en pocos minutos.
Me enrollaron en una lona de tienda de campaña y me llevaron a rastras por las afueras de Favreuil. Algunos hombres de mi compañía y de la sexta me acompañaban. La aldea estaba ya abarrotada de ingleses y en consecuencia fue inevitable que pronto disparasen contra nosotros a quemarropa. Los proyectiles se estrellaban con estruendo contra los cuerpos. Un balazo en la cabeza tiró al suelo al enfermero de la Sexta Compañía que agarraba la extremidad posterior de la lona de tienda de campaña en que yo iba envuelto; caí al suelo con él.
El pequeño grupo se tiró a tierra, aplastándose contra el terreno; luego se arrastró hasta la próxima depresión, mientras a su alrededor explotaban como latigazos los proyectiles.
Envuelto en la lona, quedé solo en el campo; casi con indiferencia aguardaba la bala certera que tendría que poner fin a aquella odisea.
Mas ni siquiera en aquella ocasión desesperada quedé abandonado; era observado por mis acompañantes, quienes pronto realizaron nuevos esfuerzos para salvarme. Junto a mí resonó la voz del cabo Hengstmann, un hombre alto y rubio, oriundo de la baja Sajonia.

-Mi alférez, voy a cargarlo sobre mis espaldas; ¡o nos abrimos paso, o quedaremos aquí tendidos!
Por desgracia no conseguimos abrirnos paso; eran demasiados los fusiles que estaban al acecho en las afueras de la aldea. Hengstmann comenzó su carrera; yo rodeaba su cuello con mis brazos. Enseguida se inició un tiroteo; las detonaciones sonaban como en un polígono de tiro cuando se dispara contra un blanco situado a cien metros de distancia. A los pocos pasos un fino gorjeo metálico anunció una bala certera; Hengstmann cayó suavemente a tierra debajo de mí. Se derrumbó en silencio, pero sentí que la Muerte se apoderaba de él antes de que hubiese tocado el suelo. Me desasí de sus brazos, que aún me agarraban con fuerza, y vi que una bala le había atravesado el casco de acero y las sienes. Aquel valiente era hijo de un maestro de escuela y había nacido en Letter, cerca de Hannover. Tan pronto como me fue posible caminar busqué a sus padres y les conté lo ocurrido.
Aquel ejemplo funesto no desalentó a otro de nuestros hombres que vino en mi ayuda e intentó de nuevo salvarme. Era el sargento médico Strichalsky. Me colocó sobre sus hombros y me llevó sano y salvo hasta el ángulo muerto de la próxima elevación del terreno, mientras una violenta lluvia de disparos nos rodeaba con sus silbidos.
Estaba oscureciendo. Mis camaradas buscaron la lona de tienda de campaña de un muerto y me llevaron a través del solitario terreno; sobre él se alzaban, cerca y lejos de nosotros, las llamaradas producidas por unas estrellas de rayos puntiagudos. Entonces conocí la horrible sensación que se experimenta cuando hay que luchar para intentar inspirar aire. El humo del cigarrillo que cerca de mí fumaba un soldado estuvo a punto de asfixiarme.
Llegamos finalmente a un puesto de socorro; en él ejecutaba sus tareas el doctor Key, amigo mío. Me preparó una deliciosa agua de limón y me puso una inyección de morfina; con ella me sumió en un sueño reparador.

Al día siguiente el salvaje viaje en automóvil hasta el hospital de sangre supuso una última y dura prueba para mi capacidad vital. Luego pasé a manos de las enfermeras y proseguí la lectura del Tristram Shandy en la misma página en que la había interrumpido la orden de ataque.
El cariño de los amigos me hizo más llevaderas esas recaídas que son típicas de las heridas de bala en el pulmón. Vinieron a visitarme soldados y oficiales de la división. Cuantos participaron en el asalto a Sapignies, o bien habían muerto, o bien estaban prisioneros de los ingleses, como Kius. Cuando ya caían sobre Cambrai las primeras granadas del adversario, que iba ganando terreno lentamente, recibí una amable carta del matrimonio Plancot; también me enviaron un envase de leche, que se quitaron de la boca, y el único melón producido por su huerto. Les aguardaban días amargos. Tampoco mi ordenanza fue una excepción en la larga lista de sus predecesores; permaneció a mi lado, aunque no tenía plaza de rancho en el hospital y se veía obligado a mendigar la comida en la cocina.

Cuando uno se aburre en la cama procura distraerse de múltiples maneras. Así, en una ocasión pasé el tiempo haciendo un recuento de mis heridas. Prescindiendo de pequeñeces como los rasguños y las contusiones producidas por balas de rebote, mi cuerpo había retenido al menos catorce proyectiles que dieron en el blanco, a saber: cinco balas de fusil, dos cascos de metralla de granadas de artillería, un balín de shrapnel, cuatro cascos de metralla de granadas de mano y dos cascos de granadas de fusil; contando las entradas y salidas me habían dejado veinte cicatrices. En aquella guerra en la que ya se disparaba más a los espacios que a los individuos había conseguido que once de aquellos proyectiles dieran en mi cuerpo. Por ello tenía derecho a prender en mi pecho el Distintivo de Oro de los heridos que por aquellos días me fue concedido.
Dos semanas más tarde me encontraba tendido en una blanda cama de un tren-hospital. El paisaje alemán estaba ya sumergido en los primeros brillos otoñales. Tuve la suerte de que me descargasen en Hannover; allí me hospitalizaron en la fundación Clementina. Pronto empezaron a llegar las visitas; a quien más me gustaba ver era a mi hermano, que, desde que fue herido, había crecido, aunque no en el lado derecho del cuerpo, que había sufrido graves heridas.
Un joven aviador de la escuadrilla Richthofen compartía mi habitación; se llamaba Wenzel y era una de esas figuras alargadas y audaces que aún sigue engendrando nuestro país. Hacía honor a la divisa de su escuadrilla: "¡De hierro, pero locos!". Aquel hombre había derribado en combate a doce adversarios; el último, antes de caer al suelo, le destrozó de un disparo el húmero.
Con él, mi hermano y algunos otros camaradas que aguardaban el tren que los llevase a sus lugares de destino celebramos mi primera salida con una fiesta en los salones del viejo Regimiento "Gibraltar" de Hannover. Como alguien pusiera en duda nuestra aptitud para la guerra sentimos una necesidad apremiante de escalar de diversas

JUNGER EN NUESTRO IDIOMA

E. Jünger, guerra, técnica y fotografía [Monografía] (2000)
Junto a Georg Knapp
Universidad de Valencia. Servicio de Publicaciones
ISBN: 84-370-4557-6
Radiaciones [Monografía]
Tusquets Editores
ISBN: 84-7223-871-7
El tirachinas (2001)
Tusquets Editores
ISBN: 84-8310-777-5
Título: El corazón aventurero : figuras y caprichos [Monografía] (2003)
Editorial/es: Tusquets Editores
ISBN: 84-8310-890-9
Juegos africanos (2004)
Tusquets Editores
ISBN: 84-8310-271-4
Tempestades de acero:
seguido de El Bosquecillo y El estallido de la guerra de 1914 (2005)
Tusquets Editores
ISBN: 84-8310-400-8
Sobre los acantilados de mármol
Tusquets Editores
ISBN 84-8383-081-9
Heliópolis (1998)
Editorial Seix Barral, S.A.
ISBN: 84-322-0748-9
Sobre los acantilados de mármol (2000)
Ediciones Destino, S.A.
ISBN: 84-233-1490-1

POUR LE MERITE

La Pour le Mérite, era la máxima condecoración militar concedida primero por Prusia y luego por Alemania. Esta condecoración fue creada en de Prusia en 1740 y bautizada en francés (el lenguaje de la corte) Por el mérito. Hasta 1810, la condecoración era un honor tanto militar como civil, pero en enero de ese año, el rey Federico Guillermo III decretó que ya sólo podría concederse a personal militar en activo. En 1866 se estableció una versión especial militar de Gran Cruz. Fue durante la Primera Guerra Mundial cuando esta condecoración se hizo famosa internacionalmente. Aunque podía ser otorgada a cualquier oficial militar, sus condecorados más famosos fueron los pilotos de combate. En la guerra aérea, un piloto de caza era nominado inicialmente para el premio tras abatir ocho aviones enemigos. El as del aire Max Immelmann fue el primer piloto en recibirla, tras lo cual empezó a ser conocida entre los demás pilotos, por su color y su beneficiario, como el Max Azul.
La medalla, consiste en una Cruz de Malta con águilas entre los brazos, así como el monograma real y las palabras Pour le Mérite en la cruz.
El último ganador de la Pour le Mérite fue el novelista Ernst Jünger (que fue el último condecorado en morir, en 1998), y que antes, con sus 23 años, fue también el soldado más joven en recibir la preciada condecoración.
La medalla fue abolida tras la abdicación del Kaiser Guillermo II el 9 de noviembre de 1918.

maneras un gigantesco sillón que allí había. Nos fue mal; Wenzel volvió a romperse el brazo y yo yacía en cama a la mañana siguiente con cuarenta grados de fiebre; mi curva de temperatura realizó algunos inquietantes avances hacia aquella línea roja pasada la cual fracasa el arte de los médicos. Cuando uno alcanza esas temperaturas pierde el sentido del tiempo. Mientras las enfermeras luchaban por salvarme, yo permanecía acostado y soñaba esos sueños que la fiebre produce y que a veces son muy divertidos.

Uno de aquellos días, el 22 de septiembre de 1918, recibí del general von Busse el siguiente telegrama:

> "Su Majestad el Emperador le ha concedido la Orden pour le Mérite. Le felicito en nombre de toda la división".

Tormentas de acero
Ernst Junger



«Le livre d'Ernst Jünger sur la guerre de 1914, Orages d'acier, est incontestablement le plus beau livre de guerre que j'ai lu; d'une bonne foi, d'une véracité, d'une honnéteté parfaites».

Andre Gide

Stosstrupp (tropa de asalto)

Las unidades de elite de combate alemanas denominadas Sturmtruppen (Tropas de asalto) se concibieron hacia 1914, cuando el capitán Willy Rohr ideó un proyecto especial para una cuidada selección de hombres y su entrenamiento posterior para crear unas unidades especiales de asalto. El objetivo fundamental de estas tropas era romper la línea enemiga en un punto determinado para dar paso a la explotación subsiguiente masificada. Aunque también actuaron como "defensa elástica" contra unidades atacantes, como sucedió durante la Batalla del Somme [H. Herwig, The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918. (London, 1997), p. 333]. Estas unidades independientes lanzaron contraataques explosivos para aliviar la presión en determinados sectores de la línea del frente. Equipadas con ametralladoras, lanzallamas, artillería ligera, granadas de mano, carabinas y metralletas, las sturmtruppen emprendían acciones temerarias, penetrando profundamente la línea enemiga de trincheras y regresando después a sus lugares de partida. Con sus acciones altamente eficaces, aunque costosas, estas unidades pronto adquirieron una aureola de guerreros místicos. Sus miembros debían ser solteros, menores de 25 años y bien dotados físicamente. Mediante las tácticas de infiltración cosecharon notables éxitos en el contraataque de Cambrai en noviembre de 1917 y en la Ofensiva de Marzo de 1918. Formando en pelotones de 10 a 100 hombres, las sturmtruppen encabezaban las oleadas de asalto alemán, infiltrándose en las líneas enemigas, bordeando los puntos fuertes, destrozando los sectores defensivos más débiles con granadas, manteniéndolos por breve tiempo antes de continuar hacia la próxima línea de trincheras. No podían esperar refuerzos ni apoyo artillero, sino que debían avanzar hasta la extenuación o la completa penetración de los emplazamientos de artillería enemigos. Dificultando las comunicaciones enemigas, abriendo los flancos de los reductos más fuertemente defendidos, y desestabilizando las líneas de suministro enemigas, las sturmtruppen fueron parte esencial de los últimos éxitos alemanes de 1918. Fueron los útlimos en ser desmovilizados y los primeros en regresar al combate cuando esto fue neceario. Algunos de ellos ni siquiera llegaron a desmovilizarse al acabar la guerra.

De las trincheras al Freikorps

Cuando comenzó la revolución alemana de noviembre de 1918, muchos miembros de los batallones de sturmtruppen fueron reclutados para formar los Freikorps, que debían luchar contra los "revolucionarios" e instaurar el orden perdido. El primer Freikorps fue creado por el general Georg von Maercker a mediados de diciembre de 1918, una pequeña división modelada bajo el estándar de un batallón de sturmtruppen, completado con pelotones de especialistas de ametralladoras, morteros, artillería ligera, lanzallamas, coches blindados, tanques e incluso





aviones [R. G. L. Waite, Vanguard of Nazism, (Cambridge,1952), p. 36]. El proceso de reclutamiento comenzaba con los oficiales, luego éstos buscaban suboficiales de sus antiguas unidades, y finalmente estos últimos buscaban a los soldados. La mayoría de los voluntarios eran veteranos, a menudo de las sturmtruppen, casi siempre jóvenes solteros. Había un gran componente del cuerpo de oficiales Imperial. Insatisfechos con la perspectiva de perder el prestigio personal y social que habían adquirido en el campo de batalla, cerca de un 25% de los oficiales subalternos se unió a los Freikorps. Otros entraron por aventura, por subsistencia y por buscar la seguridad que, entonces, no ofrecía una Alemania caótica y revolucionaria. Otros eran estudiantes o cadetes demasiado jóvenes para haber combatido en la guerra, pero muy ilusionados de tener una oportunidad para demostrar su valía. En general, carecían de idearios políticos. Pero casi todos ellos tenían un rabioso sentimiento en común: eran firmes creyentes de la teoría de la "puñalada por la espalda" (Dolchstoss). Para ellos el ejército alemán no había perdido la guerra en el campo de batalla; había sido traicionado desde la retaguardia. "La gente nos decía que la guerra había acabado. Eso nos hacía reír. Nosotros mismos éramos la guerra. Su fuego nos quemaba fuertemente. Envolvía completamente nuestro ser y nos fascinaba con la apetecible urgencia de destruir. Obedecimos…., y marchamos a los campos de batalla del mundo de posguerra igual que habíamos ido a la batalla en el Frente Occidental: cantando, sin temor y llenos del placer de la aventura como cuando marchábamos al ataque" [F. W. Heinz, soldado de la Brigada Ehrhardt, de sus memorias "Sprengstoff" (1930), citado por Waite, p. 42]

Seis semanas después del armisticio, en enero de 1919, Noske y Ebert pasaron revista al Cuerpo Maercker, y poco después el mayor Kurt von Schleicher presentó al Alto Mando un plan para reclutar, armar y formar más cuerpos de voluntarios para reconstruir un ejército sin alarmar a los aliados. Los voluntarios debían ser utilizados en la defensa de la frontera oriental, amenazada por los polacos, y como protección del gobierno de la República. En el verano de 1919, entre 200.000 y 400.000 hombres habían ingresado en estos cuerpos de

voluntarios.

La primera acción militar de los Freikorps fue la supresión de la revuelta Espartaquista de Berlín del 10 al 15 de enero de 1919, y después, hasta mayo, las represiones de la izquierda política en las mayores ciudades alemanas. No es aventurado decir que sin la intervención de los Freikorps, probablemente jamás habría existido la República de Weimar. Pero, en cambio, sí sería un grave error considerar en el mismo plano de igualdad los motivos y las prioridades por las que combatían los Freikorps y el gobierno Ebert. La mayoría de los voluntarios de los Freikorps fueron reclutados con la promesa de que serían enviados a la frontera oriental para defender a Prusia contra los polacos y el Ejército Rojo en el Báltico. "Pocos, si algunos, de los llamados del gobierno a los voluntarios mencionaron abiertamente que las unidades iban a ser utilizadas para la supresión de los disturbios internos" (Waite, p. 107).

Luego, cando los aliados comenzaron a preocuparse por la potencial amenaza bolchevique, se le permitió a las fuerzas alemanas avanzar hacia el Báltico para combatir al ejército ruso en febrero de 1919. El Alto Mando alemán, esperando ocupar rápidamente el Báltico para utilizarlo luego como moneda de cambio en el proceso de paz, comprometió todos sus recursos en la tarea. Condujo el ataque la División de Hierro, una mezcla de Freikorps bajo el mando del mayor Joseph Bischoff, obteniendo su primer éxito el 22 de mayo de 1919 con la captura de Riga [Richard M. Watt. The Kings Depart, (Suffolk, 1968), pp. 423-434]

Las últimas unidades Freikorps en abandonar el Báltico lo hicieron en noviembre de 1919, mucho tiempo después de que los aliados ordenaran al gobierno Ebert la disolución de estos cuerpos de voluntarios. A medida que los Freikorps se hacían más poderosos, también se convertían en más independientes, y sus acciones comenzaron a perder el control del gobierno. Bajo el Tratado de Versalles, firmado en junio de 1919, Alemania tenía que rebajar la cifra de 500.000 soldados a 100.000 con fecha límite de abril de 1920. Muchos de los miembros de los Freikorps volvieron a revivir los sentimientos de la Dolchstoss y quizás por ello formaron parte del golpe de Kap. Al final fueron disueltos todos los cuerpos de voluntarios, pero no pasaría mucho tiempo antes de que una gran parte de ellos encontraran un nuevo destino en los distintos grupos paramilitares que existieron en la Alemania de entreguerras

La aventura del Baltico

En el momento de acabar la Gran Guerra (1914-1918) el Ejército Alemán ocupaba la Región del Báltico. Cualquier rápida retirada crearía un vacío que podría ser aprovechado por el Ejército Rojo que aparecía ya como más que probable vencedor de la guerra civil rusa, algo que las potencias occidentales, incluso las enemigas de Alemania no deseaban. Enviar tropas a ese área habría sido impopular en estos países, pero las fuerzas naciona-





Emblema de la
Marinebrigade Ehrhardt



Freikorps o Sturmabteilung
Roßbach

listas estonas, letonas y lituanas no eran capaces de detener ellas solas al Ejército Rojo. Por este motivo se le ordenó a Alemania mantener su VIII Ejército en esta región.
Las desmoralizadas tropas alemanas estaban controladas por consejos de soldados procomunistas, pero se reclutó un Freikorps entre ellos, llamado la Brigada Eiserne, encabeado por el comandante Bischoff. Era casi la única unidad alemana que podía detener a las fuerzas del Ejército Rojo en su avance por los países bálticos. Otra fuerza era el Baltische Landeswehr, reclutado entre alemanes del Báltico.
Gran parte de la población letona apoyaba al Ejército Rojo, por ello los nacionalistas letones liderados por Karlis Ulmanis sólo pudieron juntar un pequeño ejército, por lo que tuvieron que pedir ayuda a Alemania en diciembre de 1918. Los alemanes accedieron y el 1 de febrero de 1919 el general Rüdiger von der Goltz desembarcó en Liepaja para tomar el mando de las tropas alemanas en Letonia.
Von der Goltz tenía experiencia en la zona, pues había ayudado a Mannerheim a ganar la Guerra de la Indepencia de Finlandia en abril de 1918. Pero también tenía un plan sorprendentemente ambicioso: quería concentrar en Letonia el mayor número posible de fuerzas alemanas para avanzar hacia Petrogrado, aplastar a los bolcheviques, establecer un gobierno pro-alemán en Rusia y convertir a Letonia y Estonia en colonias alemanas, como había sucedido en la Edad Media. Von der Goltz rapidamente disolvió los consejos de soldados y restauró la disciplina entre las tropas.

Las fuerzas de los Freikorps y del Ejército Provisional del Reich empezaron a llegar a Letonia para reforzar al Baltische Landswehr y a la División Eiserne (anterior Brigada Eiserne). Oficialmente se denominó a esta fuerzas el VI Cuerpo de Ejército de Reserva y su misión era prevenir cualquier avance del Ejército Rojo hacia Prusia Oriental. A finales de febrero alemanes y letones controlaban Liepaja únicamente, el resto del país estaba en manos bolcheviques. Pero en marzo von der Goltz lanzó sus tropas hacia el este, hacia Jelgava (al sur de Riga) y hacia el norte para ocupar Kurland (Curlandia). El ejército Rojo fue derrotado y tuvo que retirarse, pero entonces las relaciones entre alemanes y letones empezaron a estropearse, sobre todo cuando los letones acusaron a los alemanes de asesinar a 3.500 personas en distintas localidades, llegando a la lucha a mediados de abril. Von der Goltz arrestó al gobierno letón y Ulmanis tuvo que escapar en un barco de la Royal Navy. Las potencias occidentales exigieron respeto a la soberanía letona pero von der Goltz tenía las manos libres, pues ni el gobierno de Alemania ni esas potencias estaban en condiciones de hacer nada sobre el terreno. En contra de las órdenes del Alto Mando del Ejército Provisional del Reich atacó Riga el 25 de mayo, haciendo huir al Ejército Rojo.
Las fuerzas nacionalistas en Alemania recibieron estas noticias con gran alegría y empezaron a llegar a Letonia nuevas unidades de los Freikorps y también numerosos voluntarios individuales. Para ellos, la "Drang nach Osten" ("Marcha hacia el Este") era algo épico, como la conquista del Lejano Oeste para los norteamericanos. De este

forma, von der Goltz consiguió reunir unos 50.000 hombres de toda Alemania. En mayo, Berlín exigió la reducción de estas fuerzas a la mitad y prohibió el relutamiento de voluntarios en Alemania.

Pero después de la captura de Riga los Freikorps continuaron sus avance, pero ya no contra el Ejército Rojo. El 19 de junio los Freikorps atacaron en dirección a Limbazi, pero el 21 los estonios resistieron el avance alemán y consiguieron derrotarles. En la mañana del 23, los alemanes ordenaron una retirada general. Al mismo tiempo, los británicos mandaban armas y equipo a los letones para construir su nuevo ejército. Algunos voluntarios alemanes decidieron volver acasa, pero otros como la División Eiserne se negaron. Von der Goltz decidió continuar con su "cruzada en el este", para lo que se alió con el príncipe Avalov-Bermondt, que mandaba a las fuerzas rusas antibolcheviques en Letonia. Avalov odiaba a los nacionalistas letones y estonios, a los que consideraba "separatistas". Este ejército germano-ruso se formó en setiembre de 1919 y el 8 de octubre intentó de nuevo asaltar Riga, ahora en manos de los letones, que defendían la ciudad con el apoyo de los cañones de la Royal Navy. El día 19 los letones pasaron a la ofensiva, haciendo retroceder a los alemanes hasta la frontera lituana. Los lituanos se unieron entonces a la lucha contra los Freikorps.
Incluso en este momento desesperado, von der Goltz siguió recibiendo refuerzos desde Alemania: el Batallón de Asalto Rossbach decidió desobedecer al Gobierno Alemán y tras una marcha de 1.000 km alcanzó a la División Eiserne en el momento en que eran rodeados por los letones el 9 de noviembre. Pero era ya el final de la "cruzada en el este". A finales de este mes, los freikorps ya habían salido de Letonia. Tras cruzar Lituania, los derrotados voluntarios llegaron finalmente a Prusia Oriental.



ALBERT LEO SCHLAGETER POR MARTIN HEIDEGGER

EL ULTIMO GRAN FILOSOFO CLASICO HABLA SOBRE UN FREIKORPS DEL BALTICO

SCHLAGETER

Albert Leo Schlageter (12 de agosto de 1894 Schönau im Schwarzwald - 26 de mayo de 1923, Golzheim) fue miembro del freikorps.

Nació en una familia de estricta fe católica. Durante la Primera Guerra Mundial fue obrero militar voluntario. Por su participación en diversas batallas (Ypres, Somme, Verdun) fue ascendido a teniente segundo y tras la guerra se interesó por las ciencias políticas y se unió a una organización católica de derechas y posteriormente a los freikorps, tomando parte en el Putsch de Kapp y otros enfrentamientos.

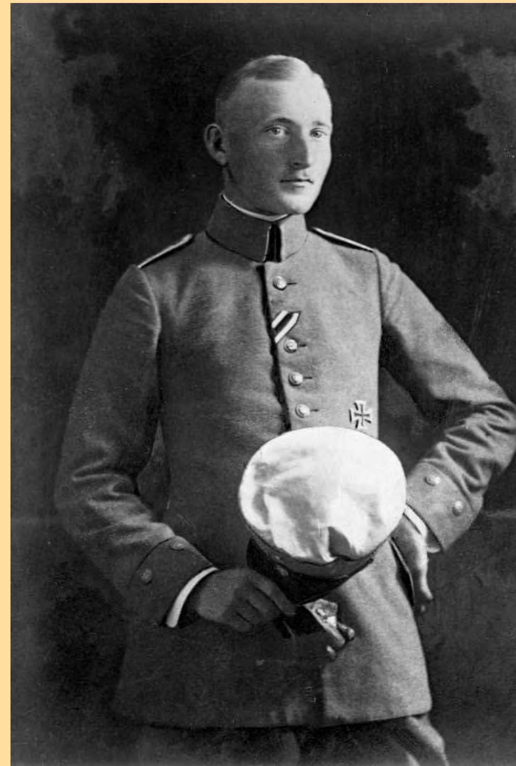
En 1923 forma una patrulla de combate con el objeto de cometer actos de sabotaje en la cuenca del Ruhr ocupada por Francia como represalia por el impago de indemnizaciones de guerra. Logró hacer descarrilar varios trenes con suministros pero el 7 de abril de ese año es detenido como resultado de una traición y un mes después es condenado a muerte y ejecutado.

En medio de nuestro trabajo, durante una pequeña interrupción en nuestras lecturas, nos permitimos recordar al estudiante de Freiburg, Albert Leo Schlageter, un joven héroe alemán ("junge deutschen Helden") quien hace una década atrás murió en la más dificultosa y grandiosa de todas las muertes ("den schwersten und grössten Tod").

Nos permitimos reflejar su Honor ("Ehrung"), por un momento, sobre su muerte justa y en orden, y que esa muerte nos puede ayudar a comprender nuestras vidas.

Schlageter murió la más dificultosa de todas las muertes. No murió en el frente de combate como líder ("Führer") de su batería de artillería de campaña, no murió en el tumulto de un ataque, no murió en una rabiosa acción defensiva… no: él se paró inerme y sin defensa ante los fusiles franceses.

Pero él se mantuvo de pie y sostuvo la cosa más difícil que un hombre puede enarbolar.



Todavía se podía haber producido esto con un rápido final lleno de júbilo, tener una Victoria ganada y que la grandeza del despertar de nuestra Nación brillara adelante.

En lugar de esto… Oscuridad, Humillación, y Traición ("Finstern, Erniedrigung und Verrat").

Y así, en su hora más difícil, él pudo alcanzar también la cosa más grande a la que un hombre es capaz. Solo, girando sobre su propia fortaleza interna, tenía que colocar ante su propia alma una imagen del futuro despertar del Pueblo ("Aufbruchs des Volkes") honorificado y engrandecido de tal manera que podría morirse creyendo en ese futuro.

¿De dónde sacó esa dureza de la voluntad ("Härte des Willens"), que le permitió soportar la cosa mas difícil de todas? ¿De donde sacó esa claridad del corazón ("Klanheit des Herzens"), que le permitió vislumbrar lo que era más grandioso y más lejano y remoto?

¡Estudiante de Freiburg!, ¡Estudiante Alemán!… Cuando en tus marchas y excursiones pisas las montañas, los bosques y valles de la Selva Negra, la pequeña Patria ("Heimat") de este héroe, aprende: que las montañas entre las que el joven hijo de campesinos creció son de piedra primitiva, de granito. Y ellas han estado mucho tiempo trabajando endureciendo la Voluntad.
El sol de otoño de la Selva Negra se pone bañando las cordilleras y bosques en la más gloriosa y clara luz. Ella ha nutrido por mucho tiempo la Claridad del corazón ("die Klarheit des Herzens").

Cuando él estuvo de pié, parado indefenso frente a los fusiles franceses, la mirada interna del héroe sobrevoló sobre los orificios de las armas para alcanzar la luz del día y las montañas de su hogar para decir que se puede morir por el Pueblo Alemán y su Imperio ("das alemmanische Land für das deutsche Volk und sein Reich zu sterben") con el paisaje campestre germánico ante sus ojos.
Con una Voluntad dura y un corazón claro, Albert Leo Schlageter murió su muerte, la muerte más difícil y la muerte más grandiosa de todas.

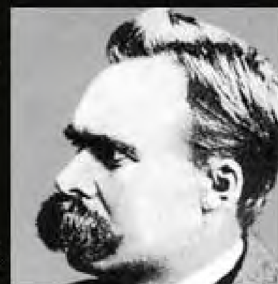
¡Estudiantes de Freiburg, permitan que la fuerza de las montañas maternas de nuestro Héroe fluya dentro de sus voluntades! ("lass die Kraft der Heimatberge dieses Helden in deinen Willen strömen").
¡Estudiantes de Freiburg, permitan que la fuerza del sol otoñal de los valles maternos de nuestro héroe ilumine sus corazones!
Preserven a ambos dentro de Ustedes y llévenlos, dureza de la voluntad y claridad del corazón, a sus camaradas ("Kamaraden") de las universidades alemanas.

Schlageter caminó estos lugares como un estudiante de Freiburg. Pero la ciudad no podía contenerlo por mucho tiempo. Él se obligó a ir al Báltico; él se obligó a ir a la Alta Silesia; él se obligó a ir al Ruhr ("er müsste ins Baltikum, er müsste nach Oberschelesien, er müsste an die Ruhr").

Él no se permitió escaparse a su propio Destino ("seinem Schiksal") de manera que murió en la más difícil y grandiosa de todas las muertes con dureza de la voluntad ("Harten Willens") y claridad del corazón ("Klaren Herzens"). Honremos al héroe y levantemos nuestro brazo en un saludo silencioso.

Veo muchos soldados, ¡pero son guerreros los que yo quisiera ver! Llevàis puesto eso que llaman uniforme, pero, ¡ojalá que lo que encubra no sea una uniformidad!

F. Nietzsche



Cada vez que oigo la palabra cultura...

Schlageter y el origen de una frase mal repetida

Desde el mismo momento de su mierte Schlageter se convirtió en un héroe popular. Tanto Karl Radek, comunista, como Joseph Goebbels, nacionalsocialista, escribieron elogios sobre él. Finalmente en 1933. Hanns Johst, el entoncés famoso y hoy
olvidado dramaturgo alemán, escribió "Schlageter", un drama histórico y biográfico.
Olvidada hoy, esa obra tiene sin embargo una frase que ha sido mal citada desde entoncés "Cuando oigo la palabra cultura saco mi pistola." Esa frase famosa no sólo no fue nunca pronunciada sino que en su origen era diferente: "Wenn ich Kultur höre ... entsichere ich meinen Browning." "Cada vez que escucho la palabra cultura le quitó el seguro a mi Browning." Hay que decir que esa frase no era pronunciada por el héroe de la obra sino por su antagonista.

Yourcenar



Nacida, Marguerite de Crayencour; Bruselas, 1903 - isla de Mount Desert, Maine, EE UU, 1987). Escritora francesa de origen belga. Estudiosa de lo clásico y autora de una serie de novelas en las que en medio de un momento de experimentos literarios, ella prefiere regresar a la narrativa tradicional. Yourcenar es una gran escritora burguesa del Siglo XIX aterrizada por error en el Siglo XX. Gran parte de su éxito se debe a ello. A la forma en que era fácil de leer y sin embargo permitía que sus lectores se sintieran profundos en inteligentes por el simple hecho de leerla.

Dicho esto, sus libros son grandes frescos históricos; su cuidado al detalle y a la técnica literaria fueron refrescantes en un momento en el que

EL SOLDADO DEL BALTICO; PERSONAJE DE NOVELA EL TIRO DE GRACIA DE MARGARITA YOURCENAR



La única novela disponible ahora mismo sobre el Báltico y las campaña de los freikorps en ese área no menciona la palabra freikorps y no es un texto político. Se trata de un drama íntimo sobre los amores, bastantes frustrantes de un trío de jóvenes recien salidos de la adolescencia en medio de una guerra que se les escapa. Se trata de EL TIRO DE GRACIA de Margarita Yourcenar y la misma autora nos explica en el prólogo que si bien no quizo hacer una novela histórica sino describir un drama íntimo en un ambiente tan distante de nuestro mundo que pareciese atemporal, también tuvo que documentarse, que es más de lo que hacen muchos plumiferos a la moda hoy en día, antes de escribir sobre una guerra tan lejana en un lugar tan distinto a los por ella conocidos

De ahí que este tema, elegido porque me ofrecía un conflicto de pasiones y voluntades casi puro, haya terminado por obligarme a desplegar mapas de Estado Mayor, a indagar más detalles en boca de otros testigos oculares, a buscar viejas revistas para tratar de encontrar en ellas el débil eco o el débil reflejo -que por aquella epoca llegaban a Europa occidental- de las oscuras operaciones militares en la frontera de un país perdido. Más tarde, en dos o tres ocasiones, hombres que habían participado en esas mismas guerras en el país báltico, me hicieron el favor de asegurarme espontáneamente que El tiro de gracia coincidía con sus recuerdos, y ninguna crítica favorable me ha tranquilizado nunca tanto sobre la sustancia de uno de mis libros.

Del prólogo de la obra

El narrador de la obra es un veterano de guerra que herido en Zaragoza, durante la guerra civil de nuestro país, regresa al suyo y rememora us juventud en un largo monólogo.

Eric von Lhomond, que siempre había permanecido con obstinación al lado derecho de las barricadas, pertenecía a ese tipo de hombres demasiado jovenes en 1914 para haber hecho otra cosa que no fuera rozar superficialmente el peligro, y a quienes los desórdenes de la Europa de posguerra, la inquietud personal, la incapaci-

dad de satisfacerse y resignarse a un mismo tiempo, transformaron en soldados ocasionales al servicio de todas las causas a medio perder o a medio ganar. Había participado en los diversos movimientos que dieron lugar, en Europa central, al advenimiento de Hitler; se le había visto en el Chaco y en Manchuria y, antes de servir a las órdenes de Franco, había ostentado el mando de uno de los cuerpos de voluntarios que participaban en la lucha antibolchevique de Curlandia.
Del Capítulo primero

De él dice la autora.

Un hombre como Eric von Lhomond piensa a contracorriente de sí mismo; su horror a engañarse lo empuja a presentar sus actos, en caso de duda, de la manera menos favorable para él; su temor a dar pábulo a críticas lo encierra dentro de una coraza de dureza que no suele soportar un hombre auténticamente duro. De ello resulta que el lector ingenuo puede hacer de Eric von Lhomond un sádico y no un bombre decidido a enfrentarse, sin pestañear, con la atrocidad de sus recuerdos; un bruto con galones, olvidando precisamente que un bruto no se obsesionaría con el recuerdo de haber hecho sufrir; también puede el lector tomar por antisemita profesIonal a ese hombre en quien la burla referida a los judíos forma parte de un conformismo de casta, pero que deja asomar su admiración por el valor de la prestamista israelita e introduce a Grigori Loew en el círculo heroico de los amigos y adversarios muertos.

Sé que me inscribo a contracorriente de la moda si añado que una de las razones que me hizo escribir El tiro de gracia es la intrínseca nobleza de sus personajes. Hay que entender bien el sentido de esta palabra, que para mí significa ausencia total de cálculos interesados. No ignoro que existe una suerte de peligroso equívoco en hablar de nobleza en un libro cuyos tres principales personajes pertenecen a una casta privilegiada, de la que son los últimos representantes. Sabemos muy bien que las dos nociones de nobleza moral y de aristocracia no siempre se superponen, ni mucho menos. Y, por otra parte, se caería en el prejuicio popular actual al negarse a admitir que el ideal de la nobleza de sangre, por muy ficticio que sea, ha favorecido en ocasiones en ciertos temperamentos el desarrollo de una independencia o de un orgullo, de una fidelidad o de un desinterés que, por definición, son nobles.
Del prólogo de la novela

No es una novela ejemplarizante ni un cartel de reclutamiento disfrazado de libro, pero sí un texto interesante, felizmente disponible en nuestras librerías.

cualquier imbécil se atrevía a escribir un basura y decir que era literatura de vanguardia.

Su fama como novelista la debe a dos grandes novelas históricas que han tenido gran resonancia: Memorias de Adriano (1951), reconstrucción histórica realizada con gran celo documental de la vida de un emperador romano, en la que trasforma al que en vida fue un sádico homosexual en un filósofo ilustrado. La otra fue Opus nigrum (1965), obra fruto de cuidadosas investigaciones, que gira en torno a la figura del médico alquimista y filósofo Zenón, intelectual enfrentado a los problemas del conocimiento.

EL COMANDANTE Y LA DECIMA MUSA

LA FASCINANTE HISTORIA DE D´ANNUNZIO EN FIUME

CARLOS CABALLERO JURADO

Publicado en REVISION, vol. IV, nº2, octubre 1990

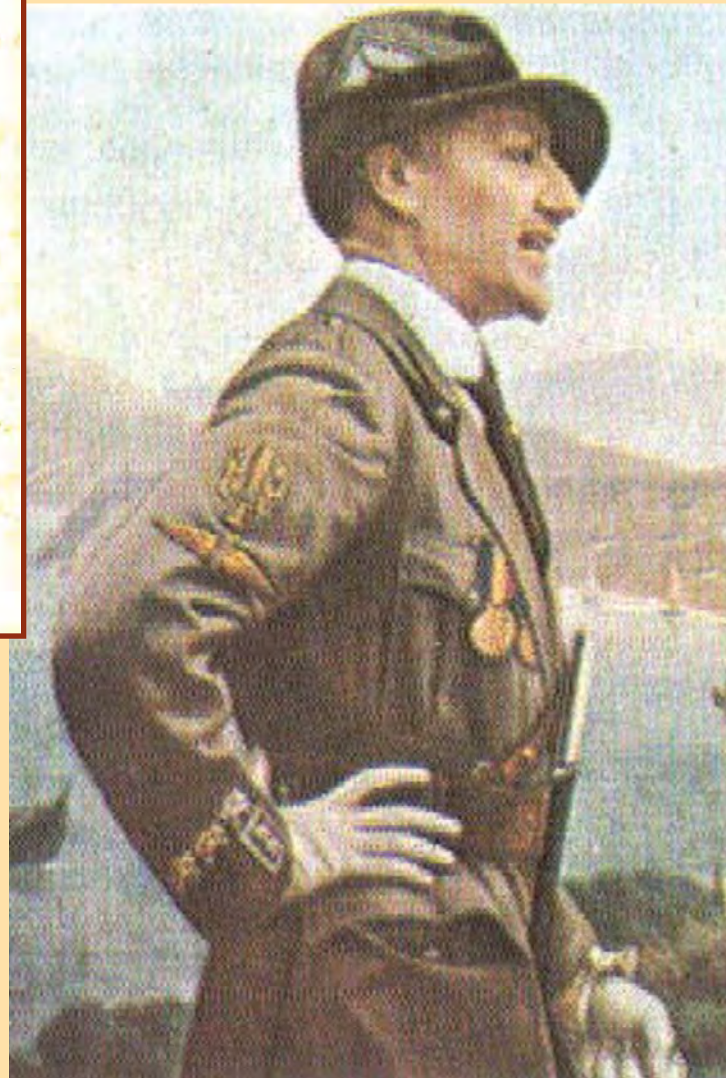

LA DOMENICA DEL CORRIERE

Supplemento illustrato del "Corriere della Sera"

Anno XXI - Num. 40 5-12 Ottobre 1919. Centesimi 10 il numero.

A Fiume. Una dimostrazione di cittadini e di volontari dinanzi al Comando.

D´Annunzio entra en Fiume en medio del calor popular



Quizá sería más justo conocer a D´Annunzio por su amplia y rica obra literaria. Alguien ha dicho que él "dió fondo a todas las posibilidades de la literatura" y que tuvo "una fe absoluta en el valor de la literatura" (1). Pero el nombre de este Leonardo da vinci de las letras está indisolublemente unido a la acción, a Fiume. Antes de ponerme a redactar estas líneas he rebuscado por curiosidad en varias librerías, tratando de conocer qué puede leer el público en español de D´Annunzio; sólo he podido encontrar una edición de los "Cuentos del río Pescara" en Alianza Ed. (col. Alianza Tres), otra del "Canto nuevo", bilingüe, de Ed. Lumen y una tercera, traducción al catalán de "El placer" de Ed. 62... Aunque me consta que ha habido otras ediciones de obras suyas una conclusión se impone: uno de los escritores italianos

más importantes de este siglo, reverenciado en vida por sus compatriotas, que mantienen hoy tan vivo su interés por él como para conmemorar ampliamente el 50 aniversario de su muerte, es -en España- un autor del samiszdat (2).
Mientras que en nuestro país se conmemora de forma prácticamente institucional el mítico mayo del 68, queriéndonos imponer la idea de que aquel gigantesco "bluf" fue uno de los momentos estelares de la historia nadie parece querer recordar que fue D´Annunzio quien acuñó la idea de "la imaginación al poder". Pero entremos en materia. La aventura de D´Annunzio en Fiume es inseparable de su participación en la I Guerra Mundial e, incluso más, de su actividad en el movimiento intervencionista. En un mundo intelectual dominado por el discurso irenista como el de hoy, casi cuesta trabajo imaginarnos a un intelectual de prestigio predicando ardorosamente la participación de su país en una guerra. Hay que anotar, en primer lugar, que en 1914 la guerra era una realidad que tiene poco que ver con el conflicto concebido por los estrategas actuales (con armas de destrucción masiva -químicas y nucleares- y sistemas de armas convencionales basados en tecnologías de punta, capaces de destruir al enemigo sin tan siquier verlo) y casi se parecía más a la que se había librado en la Edad Media. Hoy estar a favor de una guerra es predicar la llegada del Apocalipsis, ya que existe en la actualidad la temible posibilidad de acabar con toda forma de vida en el planeta, derivada de la ideología igualitaria-pacifista que, en su deseo de abolir la historia, de suprimir el conflicto ha creado los medios para conseguir que la próxima guerra sea la última... No era esta la modalidad de guerra que se presentaba ante los intervencionistas italianos; sin duda sería una guerra cruel, pero estaría muy lejos de toda posibilidad de aniquilación masiva.
Pero aún queda otra pregunta: ¿por qué entrar en guerra? En el intervencionismo italiano debemos distinguir entre una corriente de izquierdas y otra de derechas. Los últimos veían en la guerra una posibilidad para Italia de recuperar las regiones irredentas: una típica guerra nacionalista. Mucho más interesante fue el intervencionismo de izquierda, donde confluyeron futuristas (Marinetti), sindicalistas revolucionarios (Panunzio, Michels) y socialistas disidentes (Mussolini). Los futuristas, en su ferviente deseo de acabar con la moral pequeño-burguesa, estaban dispuestos a todo con tal de liquidar aquel mundo y no dudaban en predicar que la guerra era "la única higiene del mundo" (3). Los sindicalistas revolucionarios y socialistas disidentes habían descubierto que las masas obreras eran enteramente permeables a las ideas nacionalistas con motivo de la guerra italo-turca por Libia (en 1911) y habían extraído de ahí una lección importante: la nacionalidad era más eficaz como motor de la movilización de las masas que las ideas de clase. Si se conseguía llevar a los italianos a la guerra, venciendo la oposición del Parlamento, éste quedaría totalmente desacreditado, y con él todo el sistema de dominación político construido por la burguesía, abriendo así la posibilidad a una crisis revolucionaria (4). La guerra era sí entendida y presentada como una guerra revolucionaria.
D´Annunzio participaba en esta última tendencia. Aunque había iniciado una breve carrera política en las filas de la derecha, en una famosa ocasión abandonó su escaño para dirigirse "hacia la Vida", sentándose entre los

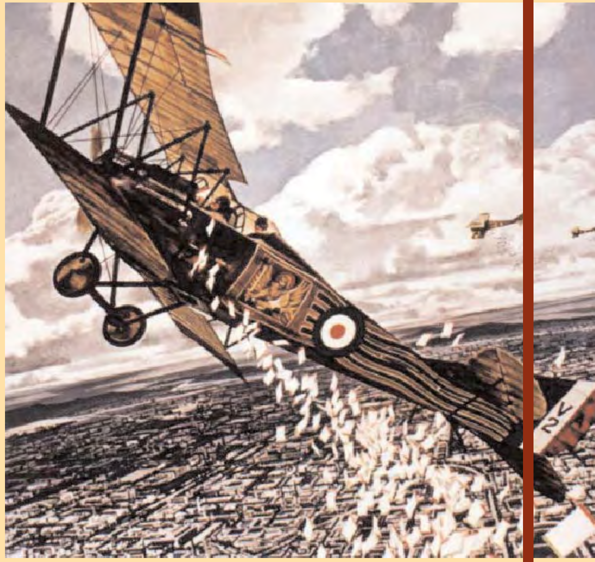
EL INEFABLE GOZO

...Celebra el grande, el inefable goce
de vivir, de ser joven, de ser fuerte,
de hincar los dientes ávidos y blancos
en los más dulces frutos terrenales.
De posar las audaces, sabias manos
sobre todo lo más puro y secreto,
y de tender el arco contra todas
las presas que voraz deseo asecha.
De oír todas las músicas livianas,
y mirar, con pupilas fulgurantes,
la bella faz del mundo, como mira
un amante feliz a su adorada.

A ti el placer, ¡oh amiga!
¡A ti el ensueño!

¡Yo quiero revestirte la más roja
de las púrpuras regias, siquier tiña
su seda con la sangre de mis venas.
Yo quiero coronarte de albas rosas
para que así, transfigurada, cantes
la divina Alegría, la Alegría,
la Alegría, magnífica, invencible!

Gabrielle D´Annunzio



Su hazaña más famosa consistió en dirigir una escuadrilla que, tras sobrevolar los Alpes, bombardeó Viena... con propaganda redactada por el poeta. Toda la mística del "beau geste" está reunida en este hecho: desafiar los colosales Alpes, a la aviación y la artillería antiaérea enemigas, tan sólo para demostrar su voluntad y su audacia.

diputados de la izquierda. La más conocida contribución de D´Annunzio a la causa intervencionista fue la "Oración de Quarto" (5), magnífica pieza oratoria, con una significativa transvaloración implícita de las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, en la mejor tradición de la religiosidad pagana:

"Bienaventurados los que tienen, porque podrán dar más, porque podrán arder. Bienaventurados los que tienen veinte años, una mente casta, un cuerpo templado y una madre animosa. Bienaventurados aquellos que, esperando y confiando, no disipan sus fuerzas, sino que las preservan con la disciplina del guerrero (...) Bienaventurados los que tienen hambre de gloria, porque serán saciados (...) Bienaventurados los puros de corazón, felices al retornar victoriosos, porque verán la nueva faz de Roma, la frente coronada de Dante, la belleza triunfal de Italia" (6).

Después de pronunciar palabras tan encendidas cabía esperar que D´Annunzio se alistara como soldado... pese a que contara ya con más de 50 años (nació el 12 de marzo de 1863). Esto no desanimó al celebrado poeta, que movió todos los hilos de sus influencias hasta conseguir ser alistado. Su hoja de servicios militar resulta abrumadora: tres Cruces al Mérito de Guerra, una Medalla de Bronce al Valor Militar, tres ascensos por méritos en campaña, Cruz de Oficial de la Orden Militar de Saboya, seis Medallas de Plata y la codiciadísima Medalla de Oro al valor Militar. Lo más singular es que en los años de guerra D´Annunzio sirvió en las tres ramas de las Fuerzas Armadas. En tierra combatió como oficial de Lanceros (no fue casual, desde luego, su elección de la Caballería) y en el mar como tripulante de lanchas torpederas. En una audaz incursión en las bases adriáticas de la Marina de guerra austro-húngara echó a pique un acorazado enemigo. El fue quien redefinió las siglas, M.A.S., de estas frágiles embarcaciones que de "motoscafo antisomergibili" (lanchas motoras antisubmarinos) pasaron a representar un épico "motto". "memente audere semper" ("recordar siempre el ser audaces"). Pero sus aventuras más celebradas las vivió en el aire. Eran otros tiempos, eran los tiempos del Barón Rojo. Hoy un piloto de "Thomcat" puede disparar, gracias a la sofisticada electrónica de su avión, hasta 14 misiles letales hacia enemigos que ni tan siquiera tiene al alcance de la vista; entonces el solo hecho de atreverse a montar en aquellos frágiles aparatos exigía dosis de valor más que considerables. Pilotando un hidroavión, D´Annunzio perdería un ojo en un amerizaje forzoso. Su hazaña más famosa consistió en dirigir una escuadrilla que, tras sobrevolar los Alpes, bombardeó Viena... con propaganda redactada por el poeta. Toda la mística del "beau geste" está reunida en este hecho: desafiar los colosales Alpes, a la aviación y la artillería antiaérea enemigas, tan sólo para demostrar su voluntad y su audacia.

La guerra fue una catarsis para D´Annunzio, que la sufrió acosado por el estruendo de la artillería en enfangadas trincheras, meciéndose en solitario en su lancha en medio de la oscuridad de las noches del Adriático y frágilmente orgulloso a bordo de su endeble avión. El poeta se había transmutado en el poeta-soldado y los italianos ya no dejarían de conocerlo salvo con esta definición. Pero el tiempo de los guerreros pasó y llegó

el de los políticos. Tras la derrota de los Imperios centrales se reúnen las Conferencias de Paz (7) que deben definir las fronteras de Europa. Y pronto Italia va a sufrir un amargo descubrimiento: sus aspiraciones nacionales no son admitidas. En el llamado "Pacto de Londres", el Reino Unido y Francia habían reconocido a Italia la anexión de amplias regiones en la costa adriática, en Dalmacia. Pero los grandes vencedores del conflicto, los Estados Unidos, por obra y gracia de su presidente Woodrow Wilson, no reconocían aquel pacto. "La América de W. Wilson era la América del proceso a Sacco y Vanzetti (8) y esta América estaba difícilmente dispuesta a hacer concesiones importantes a los representantes italianos en las Conferencias de Paz" (9).



Un nuevo estado iba a crearse en los Balcanes, Yugoslavia. De hecho no era sino un "cocinado geopolítico" de dudosa viabilidad y estabilidad, tanto ayer como hoy mismo, y sería más apropiado llamarlo Gran Servia. Conviene recordar que Servia había sido el detonante del conflicto por su enfrentamiento con el Imperio Austro-Húngaro y ahora, vencidos los Imperios Centrales, había que premiar su dedicación a la causa aliada.

La más profunda indignación sacudió a los excombatientes italianos. La rabia más feroz afloraba en sus expresiones. Tanta sangre vertida, tanta angustia, esfuerzo, dolor, ¿para qué? Sólo D´Annunzio supo dar una expresión magistral a esos sentimientos: "Nuestra victoria no será mutilada".

D´Annunzio había arrastrado, con su oratoria y con su ejemplo, a miles de hombres hasta los campos de batalla. Permitir ahora que las Conferencias de Paz traicionaran las aspiraciones de aquellos oscuros soldados era romper vilmente los silenciosos lazos de fidelidad establecidos entre los combatientes. En su "Lettera ai Dalmati" (enero de 1919) el poeta-soldado escribía:

"Hemos combatido por la Italia Grande. Queremos la Italia Grande (...) Yo y mis compañeros no queremos ser italianos en una Italia chocha por las influencias transatlánticas de Wilson, ni de una Italia amputada por la cirugía transalpina de Clemencau (...) estoy dispuesto a sacrificar todo amor, toda amistad, toda conveniencia por la causa de la Dalmacia italiana. Me tendréis con vosotros hasta el fin".

La situación era explosiva. Los EUA amenazaban con interrumpir toda ayuda económica (vital en aquellos momentos) si el Gobierno italiano persistía en reclamar la Dalmacia. Pero el gobierno que, como es habitual -casi diría que atávico- en la democracia italiana, se hallaba en una situación de extraordinaria debilidad política, difícilmente podía renunciar a una aspiración tan ampliamente compartida por el pueblo italiano. La inestable y potencialmente revolucionaria situación (la Europa de la primera postguerra mundial era campo abonado para toda suerte de experiencias revolucionarias) se complicaría extraordinariamente si el gobierno no acogía el clamor popular a favor de la Dalmacia italiana. Este clamor popular encontraba su mejor mentor en D´Annunzio. Aunque había nacido en Pescara, en los Abruzzos, el poeta-soldado era un veneciano adoptivo. Y, el 25 de abril de 1919, en la Plaza de San Marcos, el corazón de una Venecia que había construido su imperio en el Adriático, D´Annunzio volvía a alzar su voz ante un público expectante:

"Hoy, en todos los puertos de las ciudades dálmatas, en los muros de la ardiente Fiume, el libro está cerrado (10). Si lo reabrimos, lo haremos por la página donde está escrito, con la sangre de Montello, con la sangre

ARDITI

El nombre Arditi fue usado por los partidarios (a menudo veteranos de guerra), de Gabriele d'Annunzio, durante su ocupación de Fiume en 1919-20. Pero Arditi fue inicialmente el nombre adoptado por las tropas de asalto del ejército italiano en la primera guerra mundial. El nombre deriva del verbo italiano Ardire ("que se atreven") y se traduce como "Los Audaces".

Los Reparti d'assalto (unidades de asalto) fueron formados el verano de 1917 por el Coronel Bassi y se les asignó el papel táctico de las tropas de choque, asaltando las defensas enemigas a fin de preparar el camino para un avance más amplio de la infantería.

Los Reparti d'assalto tuvieron éxito dar movilidad a lo que anteriormente había sido una guerra de trincheras. Sus hazañas en el campo de batalla fueron ejemplares y se ganaron un lugar ilustre en la historia militar italiana.

Algunos remontan sin embargo su origen a 1914, cuando le fue ordenado a cada regimiento del ejército real que crease un grupo de explo-radores entrenados para actuar detrás de líneas enemigas. Otros quieren conocer como precursores de la Arditi las llamadas "compañías de la muerte," patrullas de infantería e ingenieros especializadas en cortar el alambre de púa enemigo durante la guerra de trincheras, fácilmente reconoci-

de Vittorio Veneto, como sobre la puerta de Rovigo, VICTORIA TIBI MARCE, VICTORIA TIBI INTEGRA ITALIA" (11).

Días después, en mayo, bajo el recuerdo de la entrada de Italia en la guerra, tres años antes, vestido con su uniforme de Lanceros y con un parche sobre su ojo vacío, arengaba a las masas en el "Augusteo" de Roma:

"Nuestro mayo épico vuelve a comenzar y de nuevo estoy ante vosotros. Una vez más, yo estoy dispuesto y vosotros también (...) Levantaos, levantaos de nuevo con todo vuestro ardor contra los que os deshonran, contra los políticos que os traicionan... Allí, en las rutas de Istria y de Dalmacia, construidas por los romanos, ¿no oís el paso cadencioso de un ejército en marcha? Los muertos avanzan más rápido que los vivos. ¿Qué esperáis para uniros a ellos?".

Y en la tarde del 6 de mayo, desde el Capitolio, se dirige a más de 50.000 absortos oyentes:

"El heroísmo ha resplandecido durante cuatro años de guerra se ha extinguido en todas partes, salvo en Italia. Todo aquello que ha arrojado los destellos más vivos no es ahora sino carbón apagado, bueno tan sólo para escribir sobre un muro blanco las cotizaciones de la Bolsa".

Llegados aquí se hace imprescindible alguna información sobre la ciudad de Fiume. Situada geográficamente en la costa croata, había pertenecido a la doble corona austro-húngara. Si Trieste había sido la salida al mar de Viena, Fiume lo había sido para Budapest. Ciudad de gran interés estratégico y económico, estaba habitada por croatas y húngaros pero, sobre todo, por italianos, que eran el grupo nacional que impulsaba el desarrollo de la ciudad. Si el lector desea localizarla en el mapa debe buscarla bajo su actual nombre de Rijeka, en el extremo oriental del itsmo de la península de Istria. Durante los años de pertenencia al Imperio había tenido un estatuto de autonomía muy amplio, que garantizaba a los italianos el dominio de la ciudad. Ahora el nuevo Estado yugoslavo pensaba incorporarla a su soberanía y el fin de su italianidad se presagiaba como inminente. Los fiumanos eran, de entre todos los italianos que poblaban las costas dálmatas (había fuertes colonias en Pola, en Zara, en Spalato, en Ragusia...) los más decididos a mantener libre y viva su italianidad.

La lucha por Fiume se inició en octubre de 1918. Fuertes contingentes italianos se hallaban desplegados en toda la Dalmacia, ocupando los despojos del Imperio Austro-Húngaro hasta que se firmara la Paz. Pero el día 28 tropas yugoslavas entraron en la ciudad. Los ciudadanos italianos reaccionaron constituyendo un Consejo Nacional que proclamó su voluntad de unirse a Italia y pidió ayuda en este sentido a los soldados del III Ejército italiano. Buques de guerra italianos anclaron en el puerto y, simultáneamente, la crisis devino internacional. Los franceses apoyaban, casi sin reservas, a los yugoslavos, ya que esperaban transformarse en la potencia hegemónica en los BALcanes, gracias a una estrecha alianza con la nueva nación y con Rumanía. Los ingleses, como siempre, practicaban una política más sibilina: Fiume era un gran puerto, con importantes astilleros y si no caía en manos italianas los navieros y comerciantes del Reino Unido (que veían con temor el crecimiento de la marina italiana) harían mejores negocios en los Balcanes que con una Fiume italiana. La opinión de los EUA, ya la hemos visto.

Por espacio de varios meses se vivió una guerra fría internacional en la ciudad. Fiume era campo de lucha de agentes yugoslavos, norteamericanos, franceses, ingleses e italianos. La ciudad fue ocupada por tropas de todos los aliados: contingentes franceses, ingleses y norteamericanos flanqueaban a los italianos. Y las relaciones entre los antiguos aliados se hicieron crecientemente tensas. A lo largo del verano de 1919 hubo varias explosiones de violencia, incluyendo choques armados entre soldados italianos y franceses, con un saldo de varias decenas de muertos. Mientras, los diplomáticos reunidos en los alrededores de París eran incapaces de encontrar una solución al conflicto de intereses. Si el conflicto preocupaba en las Cancillerías europeas, en Italia apasionaba hasta al último hombre de la calle. El gobierno se debatía entre un moderado apoyo a los irredentistas, cuyas manifestaciones masivas e intransigentes eran una baza más en sus negociaciones en París, y el temor a que el movimiento se desbordase y, tomando un cariz revolucionario, subvirtiera el sistema político.
La explicación de este temor está en los veteranos de guerra, que se habían convertido en un grave problema: se les habían hecho grandes promesas a los soldados (participación política, repartos de tierras, etc.) que el gobierno ahora no estaba en condiciones o no estaba dispuesto a conceder. El país atravesaba una espantosa crisis económica (en 1921 el coste de la vida había aumentado en un 560% respecto a 1914). Los soldados echaban la culpa de sus males y de los de Italia a la inepcia y venalidad de los políticos. Las críticas eran especialmente feroces entre los "Arditi" (las tropas de asalto) que habían sido la elite del Ejército. Estos soldados, que habían vivido la guerra como una aventura épica, estaban ahora dispuestos a transferir sus energías a la vida política, combatiendo tanto al gobierno liberal como a la oposición socialista, que siempre se había opuesto a la guerra y denostado a los combatientes. En 1919 los "Arditi" habían asaltado, codo a codo con los fascistas, la sede del periódico socialista "Avanti". Pero si el líder socialista Turati los calificaba de mercenarios en manos de la reacción, el gobierno prohibía a sus soldados la lectura de "L´Ardito" (el periódico de los "Arditi") por considerarlo bolchevique.
Los italianos de Fiume estaban dispuestos a usar la explosiva situación interna de Italia a su favor. Los intervencionistas de le pre-guerra y los veteranos "Arditi" eran sus aliados naturales. A lo largo de la primavera y el verano de 1919 se tramaron varios complots para realizar una conquista violenta de la ciudad, a la sazón ocupada por contingentes inter-aliados. Implicados en ellos aparecían autoridades militares, líderes nacionalistas (como Federzoni), miembros de la Casa reinante (como el Duque de Aosta), sindicalistas revolucionarios y fascistas. Pero si un nombre sonaba era el de D´Annunzio. El gobierno trataba de alejar el peligro ofreciéndole al poeta-soldado medios para la realización de un sueño largamente acariciado: un vuelo en solitario entre Italia y Japón. "Era un proyecto propio del genio del poeta y le habría permitido finalmente visitar Oriente, con todos los exóticos misterios que le esperaban (años después D´Annunzio se volvió de nuevo hacia Oriente en busca de inspiración, cuando había llegado a la conclusión de que Occidente era ya estéril y de que sólo Oriente poseía la sabiduría y la profundidad capaces de revitalizar la creatividad europea). Los

bles por el uso de armadura y cascos.
La tarea del Ardito sin embargo no era allanar el camino para la Infantería, sino la conquista total de la trinchera enemiga. Para ello, fueron seleccionados los soldados más audaces, los que no tenían miedo a la muerte Su misión era conquistar trincheras y mantenerlas 24 horas, para luego transferirlo a la infantería regular.
Los soldados se inscribieron preferentemente de forma voluntaria, pero con el progreso en el número de compañías comenzaron a ser designados por sus mandos entre los soldados más experimentados y valientes, los ya decorados al valor. Después de un examen militar se les hacían pruebas de fuerza, habilidad y resistencia, y se les entrenaba en la lucha cuerpo a cuerpo con o sin armas, el lanzamiento de bombas de mano, disparo de precisión, uso del lanzallamas y la ametralladora. La elevada formación, el espíritu de cuerpo y el desprecio de peligro, pero también las ventajas de que gozaban, crearon un clima de desconfianza y celos por parte de miembros pertenecientes de otros departamentos.
Tras la guerra muchos de ellos se unieron a grupos radicales, a los legionarios de D´Annunzio, al naciente partido fascista y a la fracción maximalista del Partido Socialista Italiano.

PUGNAL FRA I DENTI LE BOMBA A MANO

Mamma non piangere, c'è l'avanzata,
tuo figlio è forte, su in alto il cuor!
Asciuga il pianto, mia fidanzata,
ché nell'assalto si vince o si muor.

Avanti Ardito, le Fiamme Nere
son come simbolo delle tue schiere;
scavalca i monti, divora il piano,
pugnal fra i denti, le bombe a mano!

Los Reparti d'assalto estaban muy pesadamente armados. Fueron equipados con un gran número de subfusiles y ametralladoras pesadas. El Arditi fue armado con el rifle "moschetto" (una versión ligera del arma de infantería estándar), una daga y 25 granadas de mano. La daga y las granadas eran esenciales en la guerra de trincheras y la imagen del Arditi con la granada en la mano y la daga apretada entre sus dientes se hizo famoso en los carteles de propaganda italianos.
El Reparti d'assalto confiaba en la sorpresa, la velocidad, la planificación meticulosa y la coordinación entre cada sección. Los asaltos por lo general comenzaban con un bom-

hombres del gobierno vieron en el vuelo la posibilidad de mandar al poeta lejos de las fronteras italianas y animaron por todos los medios posibles este sueño, mandándole a Venecia, donde vivía, un cortejo de generales y almirantes para pedirle que volara a Japón" (12).
Sin duda D´Annunzio no trataba sino de lanzar una cortina de humo sobre sus verdaderos propósitos. La situación en Fiume le obsesionaba, porque no dejaba de empeorar. Con los grandes mítines ya comentados de Venecia y Roma, pese a su eco y a la masiva audiencia, no había logrado hacer caer al gobierno de Roma, ni siquiera modificar la actitud de éste hacia Fiume. Había que decidirse a una acción directa, en el mismo Fiume, antes de que fuera tarde. Y el tiempo trabajaba en su contra. La Comisión Inter-aliada que se ocupaba de los problemas de la ciudad había dado varias órdenes significativas: disolver la "Legión Fiumana" creada por el Consejo Nacional italiano de la ciudad, y también el Consejo mismo, así como sustituir en la ciudad a las tropas italianas allí establecidas, consideradas demasiado próximas a los ideales irredentistas, por otras unidades. El gobierno, presidido por Nitti, estaba dispuesto a cumplir estas disposiciones y fueron emitidas las oportunas órdenes a las tropas, pertenecientes a una de las unidades italianas de más largas y gloriosas tradiciones, los "Granatieri di Sardegna". El 25 de agosto de 1919 se producía la evacuación del primer contingente, entre gigantescas manifestaciones de los fiumanos, que imploraban a los soldados que no les abandonaran. Estos dejaron atrás la ciudad con el corazón encogido y los ojos llenos de lágrimas de rabia. Apenas salidos de la ciudad un grupo de oficiales decidió conjurarse y pasar al ataque. Siete oficiales juramentados ("¡Fiume o Muerte!") se dirigen a D´Annunzio para que encabece el movimiento rebelde. Aunque el poeta-soldado se hallaba aquejado por una altísima fiebre, parte precipitadamente hacia Ronchi, donde los oficiales rebeldes le esperan. Lo hace tan rápido que no da tiempo a que le alcance el único hombre político con el que había estado íntimamente en contacto los últimos meses, Benito Mussolini (los "Granatieri di Sardegna" habían ofrecido en fechas anteriores la posibilidad de liderar su revuelta al escritor Sam Benelli, al líder sindicalista revolucionario Enrico Corridoni, al jefe del partido nacionalista Luigi Federzoni, auno de los descendientes del héroe nacional, Peppino Garibaldi, y al mismo Mussolini).
Alea iacta est. La suerte estaba echada. D´Annuzio, al frente de un reducido número de soldados rebeldes (186 granaderos) sale desde Ronchi (cerca de Trieste), hacia Fiume. La "Marcha de Ronchi" es el primer acto de la epopeya. Es el día 12 de septiembre. Cuando esta Marcha sobre Fiume acabe, ese mismo día, la columna del soldado-poeta habrá crecido con sucesivas incorporaciones espontáneas hasta 2.250 soldados. En vez de oponerse a su paso, los hombres -que reconocen al héroe por sus medallas y sus cicatrices- se unen a él. En cuanto a las unidades militares de otras nacionalidades, comprenden que oponerse a esta aguerrida y bien pertrechada tropa es una temeridad y abandonan el campo. D´Annunzio entra en Fiume aclamado frenéticamente por unas multitudes que están al borde de la histeria. Sus cálculos habían sido ciertos: ha bastado una demostración de valor y orgullo para que las potencias coaligadas contra Italia retiren sus peones del terreno de juego.

Benoist-Mechin, a mi parecer justificadamente, ha puesto en relación estos hechos con otros que él mismo ha estudiado minuciosamente en su magistral "Historia de Alemania y de su Ejército". Me refiero a la marcha de los "Freikorps" alemanes hacia el Báltico: "la marcha de los Arditi sobre el Adriático se realiza mientras los Cuerpos Francos alemanes progresan hacia el Báltico, a través de Curlandia. Estas dos aventuras son estrictamente contemporáneas (...) es de esos raros momentos de la Historia en las que una fracción del Ejército, rechazando el seguir jugando el papel al que el Estado quería reducirlo- el de guardián y protector de una situación dada- se lanza a la aventura de abrir el camino a un nuevo Derecho humano" (13). En efecto, si el 12 de septiembre los "Arditi" tomaban Fiume, el 6 de octubre del mismo año los hombres de los Cuerpos Francos ocupaban Dunaburg (Daugavpils, en Letonia). ¿Es sólo la resistencia de Europa Occidental ante el avance de los eslavos? No lo creo: "la patria ardía en aquellos corazones atrevidos", como escribió Von Salomon. Pero no sólo para defender sus límites, sino también, y aún más, para renovar su misma vida nacional, tanto política como culturalmente. Pero volvamos a Fiume.

Los "Arditi" que entran en Fiume cantando hasta enronquecer su himno, "Giovinezza", se juntan con los voluntarios de la "Legión de Fiume". Del Palacio de Gobierno se arrían todas las banderas, salvo la italiana. D´Annunzio es designado "Comandante". El poeta-soldado se dirige desde el balcón a las masas, inaugurando un ritual que se hará característico:

"Italianos de Fiume (...) En un mundo loco y vil, Fiume es hoy el signo de la libertad; en un muno loco y vil hay sólo una cosa pura: Fiume; hay una sola verdad: Fiume; hay un solo amor: Fiume. Fiume es como un faro luminoso que brilla en un mar de abyección".

¿No suena un poco exagerado todo esto para lo que parece ser apenas uno más de los innumerables conflictos fronterizos que en el mundo han existido, existen y existirán? Muchos han explicado esta oratoria recurriendo tan sólo al característico estilo ampuloso de parte de su obra literaria. Pero esto, por sí solo, es absurdo. No entenderemos jamás la epopeya de Fiume si no nos acercamos al pensamiento del poeta. "En la contraposición delineada por D´Annunzio entre Fiume y el resto del mundo se manifiesta una concepción elitista que desde hacía tiempo caracterizaba los escritos y declaraciones públicas edel poeta. Para D´Annunzio el mundo se dividía en dos campos, incluso podríamos hablar de dos niveles de realidad moral, cuyos símbolos eran Fiume y Roma. Fiume, donde se había expresado en un único acto de heroísmo viril la voluntad de un pueblo oprimido; y Roma, que se limitaba a vegetar, como de costumbre, entre las rutinarias preocupaciones por los asuntos de Estado, es decir, donde se desarrollaba una política manejada por viejos estadistas enclaustrados en cuatro paredes y entre la vulgaridad del mundo post-bélico" (14). Fiume no era un pedazo de tierra. Fiume era un símbolo, un mito, algo que quizá no pueda entenderse en nuestros días, en una época tan refractaria al mito y a los ritos. La empresa de Fiume tiene más de rebelión cultural que de anexión política. No está de más señalar aquí que ocupando Fiume, D´Annunzio se proponía darle una bofetada a Woodrow Wilson, el hombre que había frustrado las esperanzas italianas ("el mentiroso cuya sonrisa descubre treinta y dos falsos

bardeo de artillería muy intenso, pero breve, que forzaba al enemigo a buscar el refugio en sus trincheras. Los Arditi comenzaban su avance
hacia la trinchera de la primera línea durante el bombardeo de artillería y normalmente se ponían a pocos metros donde caían los proyectiles antes de que señalaran a la artillería que comenzara a bombardear la trinchera de la segunda línea. Cuando la artillería comenzaba a bombardear la segunda línea, los Arditi comenzaba el asalto, a menudo lanzando granadas delante de ellos en la trinchera enemiga para engañar al enemigo haciendole creer que el bombardeo de artillería todavía no había finalizado. Si iba bien, los Arditi podrían tomar el mando de una trinchera mientras la mayor parte de las tropas enemigas estaban todavía refugiados en sus trincheras. Las secciones de subfusiles eran usadas para proporcionar fuego de cobertura mientras las secciones de asalto maniobraban por el sistema de trincheras enemigo. Una vez que la primera trinchera enemiga había sido tomada, el Reparti d'assalto atacaría las segundas y terceras trincheras de línea. Los asaltos por lo general acababan en combate cuerpo a cuerpo usando dagas o granadas de mano.



Recuperada por el poeta Gabrielle D'Annunzio, la expressão "EIA EIA ALALA"era un grito de guerra de la Grecia clásica, empleado por Aquiles en la Iliada.

dientes") ¿Simple exabrupto contra una potencia extranjera poco amiga? No, D´Annunzio tenía razones íntimamente más profundas: desde lo más íntimo de su alma odiaba a "esa pseudocivilización fundada en el culto al dólar".

Pero estoy desviándome del hilo de esta exposición. D´Annunzio sí que valoraba los ritos y los mitos. La experiencia de Fiume fue elocuente en este punto. Apenas llegado a la ciudad empezó a orear un ritual, una liturgia, destinada a tener unos ecos muy amplios. Ante los ojos de los civiles de Fiume y de sus legionarios desplegó una bandera italiana que había llevado uno de sus amigos, oficial de infantería, cuando murió en combate. Con este símbolo sagrado galvanizó la voluntad de aquellos hombres, haciéndoles jurar que lucharían hasta la muerte. El culto a los héroes caídos por el ideal ocuparía en adelante el lugar central de una liturgia fiumana. No menos significativo fue que entre las primeras medidas del Comandante estuviera el diseñar un símbolo para Fiume. Y ese símbolo fue el de la llama de fuego; símbolo que ya había sido utilizado por los "Arditi" en la guerra y que entroncaba perfectamente con la definición danunziana de Fiume como "ciudad-holocausto". Pero sin duda lo más famoso y trascendente habría de ser la nueva forma de liderazgo político, basada en las arengas a las masas, que se convertían en un auténtico diálogo entre el poeta-soldado y un gran conjunto de hombres y mujeres, que respondían unánimemente a sus preguntas y secundaban con una sola voz sus invectivas y sus gritos de guerra. Esta comunicación electrizante (mejor diríamos comunión) convertía cada mitin en un plebiscito. Las masas eran arrastradas por una oratoria creadora y brillante a una nueva forma de manifestación política, más noble y trascendente que la anodina anécdota de depositar un voto de papel en una urna. Los hombres que gritaban hasta enroquecer los estentóreos "Eia!, Eia!, Alalaaa!" -el célebre grito de guerra danunziano-, se sentían partícipes de una comunidad orgánica de ideales y voluntades y se vinculaban a un líder carismático que sabía captar cuál era su genuina voluntad mucho mejor que cualquier político al uso. La regeneración de la política que muchos, empezando por Max Weber, han considerado necesaria para que el mundo no caiga en manos de los burócratas, tuvo en Fiume uno de sus primeros y más afortunados ejemplos.

Volvamos a temas más prosaicos. ¿Cómo reaccionó Italia y el mundo ante la conquista de Fiume? En Roma fue el momento del pánico. El gobierno y los parlamentarios temían una "marcha sobre Roma" de D´Annunzio y sus legionarios. En las Cancillerías extranjeras se dudaba sobre si todo esto no sería una maniobra apoyada clandestinamente por el gobierno italiano, para dar más fuerza a sus negociaciones, o bien se temía el inicio de una revolución que fuera el final de la débil democracia italiana. Sorprendentemente, nada ocurrió. El Comandante, ingenuamente, pensó que su gesto bastaría para levantar a los italianos contra Nitti y esto, evidentemente, no sucedió. Nitti aprovechó la coyuntura y reaccionó declarando fuera de la ley a D´Annunzio y a sus legionarios, así como decretando el bloqueo a la ciudad, con el apoyo del parlamento.

Se abría un largo período de 16 meses, a lo largo de los cuales Fiume y su Comandante desafiaron a Italia y al mundo. "Más que molestias impuestas al gobierno fiumano, convertido en ilegal por las autoridades de

Roma, el verdadero obstáculo de la empresa de Fiume fue la larga espera" (15). Los primeros días fueron aún exultantes: las tropas italianas destinadas a cercar la ciudad -al mando de un personaje que se hará famoso, el general Badoglio- desertaban y se incorporaban a los legionarios fiumanos en tan gran cantidad que el Comandante tuvo que rechazar a unidades enteras, por carecer de medios para abastecerlas. Desde Italia llegaban testimonios de apoyo y, aunque el gobierno censuraba la prensa para impedir manifestaciones de solidaridad, el periódico milanés "Il Popolo d´Italia", dirigido por Mussolini, sostenía ardorosamente la causa fiumana. El líder del futurismo, Filippo Tommaso Marinetti, fue uno de los primeros en visitar la Fiume liberada. También lo haría, más tarde, Guglielmo Marconi, el inventor de la radiodifusión. Hubo otros muchos, pero la visita más significativa sería la de Mussolini (el 7 de octubre) quien se esforzó por hacer comprender a D´Annunzio que no podía encerrarse en Fiume, que debía lanzarse sobre Roma, desembarcando sus soldados en los puertos del Adriático, para abolir después la monarquía y tomar el poder. En ese momento aquello era aún imposible, pero D´Annunzio cometió aquí su primer error histórico. ¿Por qué el Comandante no se aprovechó de la ocasión, se pregunta Benoist-Mechin? "Se le veía dudar, contemporizar, perder un tiempo precioso. Pero no era audacia lo que le faltaba. Lo había probado. Esta vez parece haber pecado de exceso de presunción. En vez de saltar sobre su presa, adueñándose por la fuerza de Roma, parece haber imaginado que el Rey, viniendo hasta él, le ofrecería el poder sobre una bandeja. En esto es en lo que se equivocó". Mussolini, un profundo admirador de D´Annunzio, era sin embargo un hombre realista. Y de hecho no confiaba ni en la capacidad de análisis político del Comandante ni en sus dotes de organizador. Conquistar Fiume no debía tener otro objetivo que saltar de allí con destino a Roma. Y eso no lo vio el poeta-soldado.



De hecho, D´Annunzio miraba en dirección contraria: hacia la costa dálmata. El conde Nino De Fangogna había desembarcado inesperadamente con un grupo de seguidores en la ciudad de Trau el 25 de septiembre y, aunque había sido obligado a reembarcar por los marines norteamericanos, pareció por un momento que el ejemplo podía extenderse. El Comandante tenía sus ojos puestos en Zara y en Pola. La visita de Corridoni, para animarle a marchar sobre Venecia, no tuvo más éxito que la de Mussolini. Esto no quiere decir que el Comandante no comprendiera que era vital para sus proyectos el hacer caer al gobierno de Nitti, pero era esta una tarea que confió a los políticos del Consejo Nacional italiano de Fiume. Eran estos unos políticos de viejo cuño, sólo preocupados por la anexión de su ciudad al Reino de Italia y ajenos a todo proyecto revolucionario, que no dudarían en negociar con Badoglio y con los políticos de Roma, incluyendo al gobierno, con tal de conseguir sus pragmáticas aspiraciones.

Los hombres del entorno inmediato del Comandante eran de una naturaleza totalmente distinta. Uno de ellos se hacía notar especialmente: Guido Keller. Había sido uno de los ases de la aviación italiana en la guerra y en Fiume destacó por organizar un grupo de singulares piratas que era capaz de adueñarse de cualquier barco, italiano o extranjero, que navegase por las aguas comprendidas entre el Estrecho de Messina y Venecia. En el Fiume cercado la llegada de los buques capturados era motivo de una alegría indescriptible, no sólo porque

ANTES DE MAYO DEL 68, FIUME

Creo que si comparamos Fiume con París en el levantamiento de 1968 (también con las insurrecciones urbanas italianas de comienzos del 70), así como con los comunas contraculturales estadounidenses con sus influencias izquierdistas neo-anarquistas, veremos ciertas similitudes, tales como: la importancia de la teoría estética (como en los situacionistas), también, lo que podría llamarse "economía pirata, "vivir del excedente de la sobreproducción social; incluso la popularidad de los multicolores uniformes militares y el concepto de la música como cambio revolucionario social; y finalmente su aire compartido de impermanencia, de estar listos para moverse, cambiar, relocalizarse en otras universidades, montañas, guetos, fábricas, casas seguras, granjas abandonadas, o incluso a otros planos de la realidad. Ya fuera en Fiume, París o Millbrook nadie intentaba imponer otra dictadura revolucionaria. O el mundo cambiaba, o no. Mientras tanto, se trataba de mantenerse en movimiento y vivir intensamente.

Tomado del libro

T.A.Z. The Temporary Autonomous Zone, Ontological Anarchy, Poetic Terrorism de Hakim Bey.

contribuía a solventar la penuria de abastecimientos de la ciudad (por causa del bloqueo establecido por el gobierno) sino -aún más- por lo que estos hechos tenían de desafío y reafirmación de su voluntad. Estas incursiones no se limitaban al mar. En tierra, los hombres de Keller fueron capaces de interceptar las líneas de comunicaciones enemigas, manteniendo así puntualmente informado al Comandante. Incluso se dio un golpe de mano para capturar a uno de los más destacados enemigos de la empresa dannunziana en Fiume, el general Nigra -uno de los comandantes de las tropas que cercaban la ciudad- quien una vez en presencia del Comandante se vio obligado a retractarse públicamente... En otra ocasión, ya hacia el final de la aventura fiumana, Keller voló en solitario hasta Roma para lanzar un orinal sobre la sede del Parlamento. El mismo D´Annunzio participaba en operaciones similares y así, el 14 de noviembre, desembarca en la ciudad de Zara (bajo administración militar italiana) para anexionarles simbólicamente por unas horas.

En la ciudad misma el ambiente no podía ser mejor. Fiume parecía vivir una fiesta permanente: "La vida en la Fiume dannunziana era un continuo espectáculo (...) esta eterna fiesta contribuía a mantener el apoyo de los legionarios y de los ciudadanos a los planes del Comandante. La eficacia de la movilización de las masas fiumanas será mejor valorada si se la considera sobre el fondo de la grave situación económica que padecía la ciudad y teniendo en cuenta las dificultades sociales que gravitaban sobre Fiume en el otoño e invierno de 1919" (16). En efecto, la otrora activa ciudad portuaria y mercantil estaba paralizada. Los suministros escaseaban. La moneda se había hundido. Y el panorama italiano evolucionaba en sentido totalmente contrario al deseado por el Comandante, ya que Nitti había sido capaz de ganar las elecciones de noviembre de 1919.

En esta situación desesperada eran pocos los hechos que llevaban hasta Fiume la esperanza. Y el más relevante de ellos fue la arribada del buque mercante "Persia". Cargado hasta reventar de armas y municiones, el buque había sido fletado para llevar estos suministros al Ejército Blanco del Almirante Koltchak, que en Siberia combatía a los bolcheviques. Pero, en vez de dirigirse hacia Vladivostok, su comandante, el Capitán Giuletti, había puesto su proa en el rumbo de la ciudad asediada de Fiume. Giuletti no era un capitán cualquiera de la marina mercante: era el presidente de la "Gente del Mare", el sindicato socialista de los marinos. Y también un amigo íntimo de Enrico Malatesta. El suceso estaba destinado a tener amplias consecuencias. Hasta entonces las fuerzas nacionalistas conservadoras habían constituido el sector más amplio de los que apoyaban a D´Annunzio (junto con los ex-intervencionistas de izquierda). Pero estas fuerzas habían sido incapaces de derribar a Nitti. Ahora eran los hombres de izquierda los que empezaban a prestarle un apoyo capital y D´Annunzio -en consonancia con este hecho- iba a reorientar su política en sentido netamente radical.

Para empezar, el Comandante quiso situar el conflicto en una nueva perspectiva internacional. El discurso del 24 de octubre (titulado "Italia y Vida") marcó la nueva época. En él, D´Annunzio, tras repasar la lucha por la anexión de Fiume a Italia en sus distintas fases, daba un nuevo enfoque al problema que la ciudad-holocausto suponía en la política mundial:

"Podremos perecer todos bajo las ruinas de Fiume; pero de las ruinas emergerá, vigilante y activo, el Espíritu.

Desde la Irlanda del indómito "Sinn Fein" hasta la bandera islámica de Egipto, todas las insurrecciones del Espíritu contra los devoradores de carne cruda y contra los explotadores de pueblos inermes se encenderán con nuestra chispa (...) Todos los expoliados de todas las especies se reagruparán bajo nuestro signo. Y los inermes serán armados. Y la fuerza se opondrá a la fuerza. Y la nueva Cruzada de todas las naciones pobres y empobrecidas contra las naciones usurpadoras y acumuladoras de toda riqueza, contra la raza de los depredadores, contra la casta de los usureros que explotaron ayer la guerra y hoy la paz, la novísima cruzada, restablecerá la verdadera justicia, crucificada por un maníaco gélido con catorce clavos (17) (...) Fiumanos, italianos, cuando gritasteis que la historia escrita con lo más generoso de la sangre italiana no podía cerrarse en París (...) anunciasteis el fin del mundo viejo. Por eso vuestra causa es la más grande y la más bella que se opone hoy a la demencia y a la villanía en el mundo (...) Vuestra causa acoge hoy a las razas blancas y a las naciones de color, concilia a los seguidores del Evangelio y del Corán (...) Toda insurrección es un esfuerzo de creación. No importa que sea truncada por la sangre, porque los supervivientes la transmitirán al porvenir".

Alejándose de forma tan elocuente del nacionalismo pequeño burgués de los miembros del Consejo Nacional, el Comandante se acercaba a los ideales de revolución mundial de Giuletti y Malatesta; y se hacía eco a la vez de la teoría de la "nación proletaria" desarrollada por Roberto Michels y otros sindicalistas revolucionarios, como nuevo modelo de Estado Nacional que debería arrancar su lugar al sol en el concierto internacional a los imperialismos de las naciones plutocráticas. Micahel A. Ledeen ha interpretado estos hechos presentando al Comandante como un profeta del tercermundismo avant la lettre. Quizá sea más exacto decir que en él, después de siglos de hablarse incansablemente de los derechos del hombre, aparece por vez primera la temática de los derechos de los pueblos.

Esta nueva orientación suponía un cambio radical en la actitud hacia los vecinos eslavos. Yugoslavia, el Estado artificial surgido de los sueños expansionistas servios y de los oscuros intereses geopolíticos de las potencias occidentales, no era tan sólo el enemigo de Fiume. También lo era de los nacionalistas croatas, montenegrinos, macedonios y albaneses. El Comandante empezaba a comprender que poco podía esperar de un pueblo italiano que seguía votando a Nitti. Quizá la salvación de Fiume procediera de las nacionalidades eslavas que veían cómo el poderío de Servia crecía amenazador.

Mientras D´Annunzio evolucionaba hacia esta nueva forma de pensar, los líderes dell Consejo Nacional proseguían frenéticamente sus negociaciones con Roma. Pero la autonomía decisoria de Nitti era mínima. Sin el apoyo financiero de los EUA el país iría al caos económico. Y los norteamericanos seguían inflexibles en su oposición a la anexión de Fiume. Aún así el Consejo Nacional fue capaz de llegar a unos acuerdos de mínimos con el Gobierno a finales de noviembre. Se contempla en ellos la anexión de la ciudad dentro de determinadas condiciones. Tras algunas vacilaciones, D´Annunzio rechazó este "modus vivendi". Muchos de los apacibles burgueses de Fiume se sentían satisfechos con él, pero no los hombres como Keller y sus guerreros


REGGENZA ITALIANA
DEL CARNARO
COMANDO DELL' ESERCITO LIBERATORE

LA MEDAGLIA COMMEMORATIVA DELLA MARCIA DI RONCHI È CONCESSA AL LEGIONARIO « Federazione dei Lavoratori del Mare ».
CHE HA BEN SERVITO LA CAUSA E BENEMERITATO DELLA PATRIA
MCMXX
IL COMANDANTE
Gabriele d'Annunzio

ALCESTE DE AMBRIS Y GUIDO KELLER

En lo de la imaginación al poder los pobres chicos de mayo del 68 tenían mucho que aprender de los jóvenes intervencionistas de 1919.

Alceste De Ambris fue un sindicalista revolucionario italiano. Fue jefe del gabinete de la regencia del Carnaro desde enero de 1920. Fue De Ambris, quien dio el Gobierno de Fiume un fuerte sesgo revolucionario, tanto en términos de política interna como de planificación, y con respecto a la acción política encaminada a entablar relaciones con exponentes de la italianas fuerzas revolucionarias, desde el sindicalista Giuseppe Giulietti y el anarquista Errico Malatesta, a los miembros del ala maximalista del Partido Socialista. Fue, con d'Annunzio, él coautor de la Carta del Carnaro (1920), la Constitución para Fiume. Fue de Ambris quien creó el marco jurídico para el documento

Guido Keller, aviador, esteta y hombre de acción, instigador de las huelgas, pirata, nudista, aficionado al yoga y naturista, diseñador de uniformes, fue el único de los legionarios jóvenes presentes en Fiume al que le fue permitido el uso de la forma familiar ¨tu¨ al hablar con d´Annunzio.

(no podemos calificar de soldados, en el sentido usual de la palabra, a los singulares especímenes reunidos en torno suyo y que formaban la Centuria "La Disperata"). D´Annunzio y sus legionarios se resistían a aceptar un fin tan prosaico para una aventura tan fascinante. Aunque el pueblo de Fiume votara -como en efecto votó- a favor del acuerdo, el Comandante se negó a aceptarlo y a finales de diciembre se suspendían todas las negociaciones con Roma y con Badoglio. El 31 de diciembre de 1919 el Comandante volvía a dirigirse a las masas: "Hoy se cumple un año milagroso: no el año de la Paz, sino el año de la Pasión (...) no el año de Fiume, sino el de la marcha de Ronchi. Versalles significa juventud, belleza, novedad profunda. Contra una Europa que vacila, se tambalea y balbucea; contra una América que no consigue desembarazarse de la mitad de un mentecato que ha sobrevivido a la enfermedad vengadora (18) (...) contra todos y contra todo, nosotros tenemos la gloria de dar nombre a este año de fermentos y de tormentos (...) No hay lugar de la tierra donde el alma humana sea más libre y novedosa que en estas orillas (...) celebremos esta creación y preservemos este privilegio".

Lo decisivo de este giro ha sido clarividentemente subrayado por Ledeen: "D´Annunzio había decidido dar un significado nuevo a su aventura adriática; un significado mucho más vasto que el propósito de "completar" la Italia victoriosa y defender el derecho a la autonomía de los fiumanos". Para alcanzar estos propósitos el Comandante invitó a Alceste De Ambris a venir a su lado, con el propósito explícito de redactar una Constitución para Fiume. De Ambris, líder del sindicalismo revolucionario (era secretario general de la "Unione Italiana del Lavoro"), intervencionista de izquierda y por algún tiempo enlace entre el Comandante y Mussolini, fue nombrado Jefe del Gabinete del Comandante.

Desde septiembre a diciembre D´Annunzio se había apoyado en los hombres del Consejo Nacional (Giurati, Sinaglia), pero estos hombres de derecha conservadora sólo habían actuado con calma y prudencia, buscando el pacto. En cambio, hombres de izquierdas como Giuletti y De Ambris prestaban un apoyo entusiasta y comprometido. En la mente del Comandante llegó a fraguarse la idea de una marcha sobre Roma codo con codo con las fuerzas políticas de izquierda. Malatesta y Bombacci (19), sondeados, dieron su apoyo, pero el Partido Socialista se negó en redondo.

El nuevo rumbo, inequívocamente revolucionario, entusiasmaba a Keller y a sus hombres. Mientras los legionarios conservadores y monárquicos abandonaban la ciudad, los restantes (en general veteranos "arditi") aspiraban a metas cada vez más ambiciosas, Keller organizaba a sus "orgullosos y salvajes" guerreros en el grupo "Yoga", definido como "unión de espíritus libres tendentes a la perfección". Fiume estaba inmóvil, como en una postura de yoga, pero en su seno se iban creando las fuerzas espirituales renovadoras que el mundo esperaba.

Y el mismo Comandante profundizaba en su peculiarísima concepción de la actividad política: "D´Annunzio en Fiume -escribe Ledeen- estaba empeñado en la creación de un nuevo tipo de liturgia que tendría la máxima importancia en la evolución de las fiestas públicas y en el desarrollo de la política de masas en el mundo

contemporáneo. Pero las formalidades exteriores (las cotidianas marchas al campo con los soldados, los discursos desde el balcón, el diálogo con las masas, la invención de nuevas fiestas "cívicas") no habrían sido por sí solas suficientes para mantener a los legionarios en ese constante entusiasmo característico de los hombres del mundo de Keller. En el curso de 1920 D´Annunzio creó una nueva visión del mundo, que acabó por ser el lenguaje "oficial" de Fiume".

Definitivamente, la empresa de Fiume ya no era la de los venerables pequeño-burgueses nacionalistas. Y la novedad no era tan sólo la subyugante liturgia diseñada por el Comandante. Fiume era también un laboratorio de ideas y proyectos políticos, algunos realmente ambiciosos: la redacción de una nueva Constitución y la creación de la Liga de Naciones antiimperialistas (una réplica a la ginebrina Sociedad de Naciones) eran los proyectos más ambiciosos y , junto a ellos, los planes, más antiguos, para realizar una conquista revolucionaria del poder en Italia, los tendentes a desmembrar el Estado yugoslavo y los intentos de crear unas fuerzas armadas de nuevo cuño, con un carácter más acorde con el espíritu "freikorps" de los guerreros libres de "La Disperata".

La "Liga de Fiume" debía ser la concreción del deseo del Comandante de oponerse al "complot de ladrones y estafadores privilegiados" de la Sociedad de Naciones. D´Annunzio soñaba con unir bajo la bandera de Fiume desde irlandeses a hindúes, pasando por húngaros y egipcios: todos los pueblos sometidos a los imperialismos vencedores y también los pueblos humillados por los tratados de paz firmados en los suburbios de París. Leon Kochnitzky, un poeta belga llamado a Fiume en el otoño de 1919, y nombrado Jefe de la Oficina de Relaciones Exteriores, fue el impulsor del proyecto, estableciendo contactos con distintos grupos nacionales con vistas a la organización de un congreso internacional. Aunque llegaron adhesiones de Irlanda, de Egipto y de la India, y se establecieron contactos firmes con numerosas nacionalidades balcánicas, las angustiosas penurias financieras de Fiume impidieron realizar el Congreso, y a fines de abril de 1920 la idea podía darse ya por abortada. Pero nadie puede negar la trascendencia de este intento, que se adelantó en varias décadas a la Conferencia de Bandung y a la aparición con contornos precisos del Tercer Mundo (movimiento en cuya génesis estuvieron, precisamente, los países en que D´Annunzio había pensado: la India, Egipto y Yugoslavia... convertida hasta entonces en Estado Federal) apuntando, además, hacia una política que cada día más vemos como la única positiva para el futuro de Europa: la alianza entre el Viejo Continente y el Tercer Mundo.

Idéntica suerte siguieron las muy avanzadas negociaciones realizadas con líderes albaneses, croatas y montenegrinos para apoyar los levantamientos nacionalistas en todos esos países: el Comandante jamás logró disponer de la masa de armas y dinero que tales proyectos exigían. Los acuerdos con estos nacionalistas balcánicos preveían que las en las nuevas organizaciones estatales surgidas de las revueltas habría un amplio margen de autonomía cultural y política para las nacionalidades minoritarias que quedaran incluidas en las nuevas fronteras.

Pero si era materialmente imposible echar los cimientos de un nuevo orden internacional, no había tantos

LA IZQUIERDA Y FIUME

Durante los meses que duró el experimento de Fiume, casi todos los líderes de izquierdas (socialistas, sindicalistas, anarquistas) en Italia e internacionalmente opinaron sobre el mismo y las posturas y las opiniones expresaron a menudo revelan aprobaci´on en lugar de condena. Por ejemplo, el húngaro comunista Miklós Sisa, comisario del pueblo antiguo en el Gobierno de Béla Kun, expresó agradecimiento hacia las propuestas presentes en la Carta del Carnaro.

Alla festa della rivoluzione. Artisti e libertari con D'Annunzio a Fiume, Claudia Salaris Editrize Il Mulino, Bologna 2002

inconvenientes para fijar un nuevo modelo de estructura estatal. Aunque estoy de acuerdo con De Ferette en que "el proyecto de Constitución nace de la situación inconexa en que se encontraban los poderes del Comandante, del Consejo Nacional y de la Autoridad Militar" sería un error, y grave, el limitarse a ver en esta sorprendente Constitución, conocida como Carta del Carnaro (20) el intento por regular las relaciones entre el poeta-soldado y los pequeño-burgueses del Consejo Nacional. Como ha subrayado Benoist-Mechin, la Carta del Carnaro, publicada el 27 de agosto de 1920, "está muy lejos de ser un Código Civil o de los preceptos del Derecho Romano" y su análisis llenará de perplejidad a cualquier estudiante de Derecho Constitucional.

Aunque partía de un texto original de De Ambris, la redacción definitiva correspondía al Comandante. El título oficial del texto, "Reggenza Italiana del Carnaro. Disegno di un nuovo ordinamento dello Stato Libero de Fiume" ("Regencia Italiana del Carnaro. Proyecto de un nuevo ordenamiento...") no es, lo subraya Benoist-Mechin, casual: "D´Annunzio ha evitado hacer una Constitución estática, simple "constatación" de un estado de cosas determinado. No quiso imponer a los hombres los límites de una ley-marco inmutable y rígida, sino proponerles una Constitución susceptible de una evolución constante. No una obra acabada sino destinada, voluntariamente, a no estar acabada nunca, lo que es algo muy distinto".

La Constitución estaba bajo la advocación de la Décima Musa. ¿Cuál es esta Musa? En el curso de un viaje a Grecia, al oráculo de Apolo en Delfos, el poeta se había quedado extasíado ante la estatua de una mujer joven en cuyo basamento se leía: ENERGEIA. D´Annunzio narraba así a Benoist-Mechin la impresión que aquello le produjo:

"Era una Musa, me dije con una iluminación súbita; la Décima Musa, ¡la Musa Energía! La Antigüedad no la había reconocido porque aquella época estuvo limitada y como cerrada en sí misma. La Antigüedad no cantaba alabanzas más que de las obras acabadas. La Décima Musa es la de los tiempos modernos, la del futuro, la del porvenir. Sus hermanas son estáticas, sólo ella es dinámica. Sin ella Clío se inmovilizaría y Melpómene estaría muda. Ella inspira las revoluciones y los "coups de force" victoriosos, todo lo que no existe aún y aspira a nacer. Es la Musa del esfuerzo, del dinamismo creador, la Musa de las comunidades emergentes y de los pueblos en génesis. Inspira las fuerzas misteriosas que yacen en el fondo de las colectividades humanas y actúa en ellas como la levadura, asegurando su ascensión. Es lírica, porque todo lo que en el mundo hay vivo es poesía: el canto, la danza, el trabajo, el combate. En fin, esta Musa es la Imaginación, es decir, la percepción consciente de lo que podría ser. Sin ella las multitudes no serían sino tristes agregados de individuos, aplastados por la opresión y la mentira. Ella infunde a los Estados la fuerza necesaria para hacer que los pueblos que gobiernan alcancen a ser lo que realmente deben: una plenitud ascendente. Hasta aquí el mundo no ha conocido más que nueve Musas. No había descubierto la Décima, porque el grado de evolución que le permite tener conciencia de ella no se había alcanzado. Hoy es de otra manera, porque esta conciencia se despierta. El siglo XX se distingue de los precedentes por la irrupción de la Décima Musa en los asuntos públi-

cos. Será el siglo de la energía. O bien perecerá por sus excesos o bien sabrá integrarla en sus instituciones. Será un giro decisivo: se traducirá por la instauración de LA IMAGINACIÓN EN EL PODER. Es lo que intenté hacer an la Constitución que proyecté para Fiume... Era una hija de la Décima Musa. No era sino el comienzo..."

El proyecto constitucional del Comandante se abría con una declaración "de la voluntad perpetua del pueblo" donde exponía las razones históricas, culturales y morales de la italianidad de Fiume y presentaba a la ciudad como ejemplo para la renovación de Italia. La preceptiva declaración de derechos del hombre, común a todas las Constituciones redactadas después de la norteamericana y la francesa era así sustituída por una declaración de los derechos del pueblo, de la nación. A continuación se establecían los Fundamentos de la nueva Constitución. Leamos:

"La Regencia del Carnaro es un gobierno intrínsecamente popular. Res populi. Este gobierno tiene por fundamento el poder del trabajo productivo y por normas directrices las formas más amplias y variadas de autonomía, tal como fueron aplicadas en los cuatro siglos gloriosos del período de las comunas italianas" (21).

Basándose en las fuerzas populares productivas, el Comandante soñaba con un modelo de Estado descentralizado, donde la persona disfrutaría de todas las garantías del Estado liberal (la Carta desarrollaba la protección de las libertades individuales, el habeas corpus, la igualdad ante la ley, etc.) y de las por entonces aún inéditas ventajas del Estado-Providencia y el Estado Socialista (se recogían los derechos a la educación gratuita, a la asistencia sanitaria, al seguro de desempleo, a las pensiones, etc.) pero en el que el sacrosanto principio liberal de la propiedad privada estaría limitado:

"Aunque el Estado considera el uso de la propiedad como la más útil de las funciones sociales, no considera la propiedad como un derecho absoluto (...) el único título legítimo de un medio de producción o cambio es el trabajo".

Tras exponer los Fundamentos, la Carta desarrollaba los deberes y derechos de los ciudadanos, de los municipios y de las corporaciones. También aquí el tono de las palabras es totalmente ajeno al que estamos habituados a leer en un documento institucional. Al hablar de los ciudadanos, por ejemplo, leemos:

"La vida es bella y digna sólo cuando es vivida grave y magníficamente por el hombre enteramente renovado por la libertad. El hombre completo es aquel que sabe reinventar cada día su propia "virtud" (22) y ofrecer cada día a sus hermanos un nuevo don".

Y las palabras no son la única novedad. Una aportación fundamental es el reconocimiento de las corporaciones -colectivos de los trabajadores y profesionales de las distintas actividades económicas- como órganos del Estado. Las Constituciones al uso dan existencia jurídica estatal a las colectividades geográficas de hombres (los municipios, las provincias, las regiones) pero no reconocen a las colectividades laborales. Para el Comandante, las corporaciones, órganos integrantes del Estado, debían gozar no obstante de una autonomía absoluta y en ningún caso ser empleadas como correas de transmisión del poder ejecutivo. Todos los ciudada-

CARLOS MARIATEGUI, EL MARXISTA QUE INSPIRO EL SENDERO LUMINOSO PERUANO, ESCRIBIO SOBRE D´ANNUNZIO EN LOS 30´S

Pero la historia tiene como escenario la tierra y no el mar. Y tiene como asunto central la política y, no la poesía. La política que reclama de sus actores contacto constante y metódico con la realidad, con la ciencia, con la economía, con todas aquellas cosas que la megalomanía de los poetas desconoce y desdeña. En una época normal y quieta de la historia D'Annunzio no habría sido un protagonista de la política. Porque en épocas normales y quietas la política es un negocio administrativo y burocrático. Pero en esta época de neo-romanticismo, en esta época de renacimiento del Héroe, del Mito y de la Acción, la política cesa de ser oficio sistemático de la burocracia y de la ciencia. D'Annunzio, tiene, por eso, un sitio en la política contemporánea. Sólo que D'Annunzio, ondulante y arbitrario, no puede inmovilizarse dentro de una secta ni enrolarse en un bando. No es capaz de marchar con la reacción ni con la revolución. Menos aún es capaz de afiliarse a la ecléctica y sagaz zona intermedia de la democracia y de la, reforma.

nos debían pertenecer a una de las diez corporaciones previstas; cada una de ellas sería libre para darse sus propios estatutos, contaría con sus propios recursos y órganos directivos; también serían -en un rasgo muy dannunziano- las responsables de organizar sus propias festividades cívicas, diseñando sus rituales, y encargadas de honrar a sus propios héroes y mantener el recuerdo de sus muertos.

El genio dannunziano, que atribuyó a las nueve primeras corporaciones distintas categorías de trabajadores y empleados, reservó la décima corporación para los hombres inspirados por la Décima Musa:

"Esta corporación es el receptáculo de las formas misteriosas que actúan como una levadura en el fondo de un pueblo que trabaja para asegurar su ascensión. Casi es una figura votiva consagrada a este genio desconocido, a la aparición del hombre nuevo, a las transfiguraciones ideales de los trabajos y los días, a la liberación del espíritu realizado en el esfuerzo, a las conquistas obtenidas por el sudor y la sangre. Está representada en el Panteón cívico por una lámpara siempre encendida, que ostenta una vieja inscripción toscana de la época comunal, sorprendente alusión a una forma espiritualizada del trabajo humano: FATICA SENZA FATICA".

En cuanto a las municipalidades, modeladas según el ejemplo de las Comunas italianas del Bajo Medioevo y el Renacimiento, gozarían también de una amplia autonomía. El poder legislativo se articulaba en dos cámaras -una de ellas formada por representantes de las corporaciones- que se reunirían por breves períodos y cuyos debates debían ser "de una brevedad lacónica"... Como se puede ver, un futuro muy negro para nuestros parlanchines políticos profesionales y para los leguleyos inveterados. El gobierno sería elegido por las cámaras y dirigiría la administración. Para casos de emergencia nacional y a imitación de la República romana se preveía la figura de un dictador temporal, que sería el Comandante (D´Annunzio o quien le sucediese en el cargo). En un modelo estatal tan descentralizado, gracias a las corporaciones y las municipalidades, las dimensiones y atribuciones del poder ejecutivo quedaban automáticamente limitadas. Finalmente, el poder judicial se articulaba en distintos tipos de tribunales, y sólo en los superiores las plazas de jueces estaban reservadas a hombres de formación académica jurídica.

La Carta también regulaba otros aspectos de la vida comunitaria. En el capítulo de defensa se preveía un ejército popular nacional, con un breve servicio militar. La Cultura era objeto de una atención prioritaria ya que, como se leía en el texto, "para todo pueblo de noble origen la cultura es la más luminosa de las armas de largo alcance", y para Fiume amenazada de perder su identidad cultural en una región predominantemente eslava: "la cultura es más que un arma: es una fuerza indomable, como el derecho y la fe".

El Comandante fue siempre un hombre de letras y un hombre de acción. Como nos sugiere la figura del Doncel de Sigüenza, como vemos en los literatos del Siglo de Oro español, ha habido siempre hombres creadores que han sabido combinar admirablemente las letras y las armas. A imagen y semejanza de un Garcilaso, soldado del César Carlos y poeta insuperable; de un Cervantes, combatiente de los Tercios de su Católica Majestad Felipe II en Lepanto y suprema gloria de la prosa castellana, D´Annunzio supo siempre que las armas, que la acción, debían estar al servicio de la Cultura. "La Cultura es un bálsamo contra la corrup-

ción, un viático contra la degradación", leemos en la Carta, donde se afirma expresamente que "la Regencia Italiana del Carnaro coloca en la cúspide de sus leyes la cultura del pueblo". La Constitución establecía qué centros académicos debían ser creados y qué tipos de materias debían ser cursadas...
Sorprende en la Carta la amplitud de los derechos individuales reconocidos a los ciudadanos: igualdad ante la ley, derecho al voto, derecho de petición a las autoridades y las cámaras, posibilidad de revocar y de pedir responsabilidades a todo tipo de cargos públicos, todo tipo de derechos asistenciales sociales. No menos sorprendente es el grado de descentralización del Estado, articulado en numerosas instancias intermedias (municipios y corporaciones). Pero lo que nos deja definitivamente boquiabiertos son capítulos como los referidos a la Edilidad y a la Música, frutos del genio dannunziano. Muchísimo antes de que los epígonos de mayo del 68 pasaran de las barricadas a la nouvelle cuisine française o a la pasión por el diseño y de que, donde habían puesto los maximalistas afanes revolucionarios instalaran ahora el discurso sobre la "calidad de vida", la Carta del Carnaro ya contemplaba aspectos tales como la generalización del deporte, la protección del entorno ecológico y la mejora de la calidad de vida como objetivos estatales.
"Un Colegio de Ediles -leemos- se crea en la Regencia. Es elegido con discernimiento entre los hombres de gusto, de experiencia y de educación moderna. Más que inspirarse en la edilidad romana este Colegio hace revivir la función de los "oficiales propuestos para el ornamento de la ciudad" que en las Comunas de nuestro siglo XIV trazaban las perspectivas de una avenida o de una plaza con el mismo gusto musical que el que inspiraba el austero ordenamiento de un desfile republicano o la alegre decoración de un carnaval (...) Este Colegio de Ediles estudiará el medio de devolver al pueblo el amor por las bellas líneas y los bellos colores en los objetos que utilizan en su vida cotidiana".
Hoy parece ya aceptada la idea de que una parte de los gastos públicos de las administraciones debe emplearse en promover actividades culturales de masas. Por desgracia esto sólo conduce en nuestros días a chabacanos conciertos de rock y a financiar ampliamente a intelectuales y artistas próximos al gobierno de turno. Con un sentido mucho más elevado, D´Annunzio ya había intuido la importancia de lo que en nuestros días es presentado por las administraciones como su "oferta cultural" (una expresión bien significativa de la mentalidad mercantil imperante) y en el capítulo dedicado a la Música (algo inimaginable en cualquier Constitución que no sea la fiumana) escribía:
"En la Regencia Italiana del Carnaro la Música es una institución religiosa y social. Cada mil o dos mil años brota de las profundidades de un pueblo un himno inmortal. Un gran pueblo no es solamente el que crea un Dios a su imagen y semejanza, sino aquel que crea un himno para su Dios".
No fue casualidad que uno de los últimos eventos de la Fiume dannunziana fuera un gran concierto protagonizado por el maestro Toscanini, invitado, junto a su orquesta, por el Comandante, para "respirar el aire más resonante del mundo". ¡Qué gran Constitución será aquella que, como la de Fiume, regule cómo y dónde deben crearse orquestas, teatros y masas corales!



ARTICULO 9 DE LA CARTA DE CARNARO

El Estado no reconoce la propiedad privada como un derecho absoluto y personal, pero la considera como una de las mas útiles y responsables de las funciones sociales.
Ninguna propiedad puede ser reservada a nadie sin restricción de propiedad; ni puede ser permitido que un dueño indolente deba dejar su propiedad sin uso o debería disponer mal de esta, a la exclusión de cualquier otra persona.
El único título legítimo de posesión de los medios de producción y cambio es el trabajo. El trabajo solamente es el custodio como mucho de lo fructífero y provechoso al bienestar general.

LA REVOLUCION FUE UNA FIESTA

La revolución si fue una fiesta D´Annunzio era un hombre del renacimiento y recreó Fiume como una ciudad estado renacentista. Poesia, fuegos artificiales, grandes fiestas populares en las que todo el mundo podía participar. Una carta que instituía la educación física juvenil, pensiones para los ancianos, educación universal, instrucción estética y ayuda de desempleo. Se reconoció la propiedad privada pero con la condición de su "uso adecuado, continuo y eficiente". Empresas y gremios se organizaron a la manera medieval para representar a los trabajadores y productores en lugar de los antiguos partidos políticos. Se creó un Colegio de Ediles "elegidos con discernimiento de entre los hombres de gusto y educación", que mantendría normas estéticas en la arquitectura y construcción de la ciudad-estado. El Parlamento, o el Consejo de lo mejor, se impone para reducir al mínimo la charla, con períodos de sesiones celebrados con "en particular insistencia en la brevedad". La música fue elevada como "una institución religiosa y social" por la ley. Cabiria. La financiación de este experimento político social que unía a la ciudad estado renacentista la utopía social acabó siendo la aventura… privados de todo apoyo, sometidos al bloqueo de la Sociedad de Naciones, Fiume recurrió a la piratería para sobrevivir.

Un texto como este (calificado por unos como "monumento capital en la historia de la utopía" y por otros como "constitución prefascista") despertó el entusiasmo de los dannunzianos incondicionales como Keller. En un texto donde comentaba la Carta, el líder del grupo "Yoga" y comandante de "La Disperata" escribía que la tarea del Estado moderno era la de volver a dar significado al trabajo, degradado desde el comienzo de la Revolución Industrial, al hacerlo mecánico y repetitivo, rebajando al hombre de creador a herramienta. El trabajo debía ser valorado y honrado: "El trabajo -escribía Keller- será un placer, una de las necesidades humanas". Se comprende así mejor la algo críptica frase "Fatica senza fatica" (que podríamos ahora traducir como "trabajo sin esfuerzo"). Ledeen toma de nuevo la palabra: "Situar al trabajo como realización de las energías creadoras del hombre, tal fue el objetivo de la Regencia. La estructura corporativa que De Ambris ideó para el nuevo Estado estaba destinada a dar a cada hombre el máximo posible de participación en el mundo de su trabajo (...) Además, la Carta garantizaba una vasta gama de servicios y derechos tendentes a hacer más digna así la vida del trabajador". Pero la dignificación del trabajo (presentado como hace Ernst Jünger en "Der Arbeiter" [El Trabajador] como héroe de los tiempos modernos) no era sino un peldaño hacia la aparición del hombre superior que D´Annunzio, uno de los mayores nietzscheanos de Italia, soñó siempre:
"He querido -declararía el Comandante años más tarde- establecer un equilibrio entre las dos tendencias fundamentales del hombre: la sed de libertad y la necesidad de asociación, porque sin ella no existiría la sociedad".
Benoist-Mechin ha desarrollado más explícitamente esta idea básica del pensamiento dannunziano: "Este doble proceso hacia la libertad y la asociación existe permanentemente en el hombre y genera una especie de movimiento pendular. En un primer momento el hombre se abalanza hacia la periferia. En tanto que individuo, aspira a organizar su vida con el máximo de independencia. Pero pronto, otra fuerza, actuando en sentido inverso, le lleva hacia el centro, donde reencuentra a sus semejantes y establece lazos con ellos. En la primera fase toma conciencia de su identidad. En la segunda, conquista su plenitud e imprime a su vida un carácter ascensional. La mejor Constitución es, pues, aquella que permita este doble movimiento ejercerse con el mínimo de limitaciones, evitando a la vez los peligros que se presentan en los dos extremos del péndulo: la disolución en el anarquismo y la fosilización en la tiranía" (23). Comprendemos así mejor esta Constitución que es anti-estatista, laica, con amplísimas libertades individuales y grandes avances sociales, pero que en vez de ser una Constitución inorgánica e individualista, como todas las Constituciones modernas, es patentemente orgánica y federadora, como ha subrayado Benoist-Mechin. Ello se debe a que, como anota el historiador francés, "los tres pilares en los que reposa son las Comunas (Municipalidades), las regiones y las corporaciones". No deja al individuo solo y desnudo ante la ley, sino que lo inserta en un haz de realidades vivas y concretas que dan más riqueza y diversidad a su vida. No lo deshumaniza, despojando al hombre de su complejidad para no dejar de él más que un esquema abstracto. Le anima a desarrollar todas sus potencialidades, otorgándole un conjunto de funciones y responsabilidades. La Constitución de Fiume, en fin, asegura el predomi-

nio del desarrollo sobre el crecimiento, del despliege de la capacidad creadora del hombre en vez de la proliferación de las cosas" (24).
La Constitución de Fiume no era el producto de una fantasía febril, ni el resultado del "dilettantismo" de un esteta metido a revolucionario. Creo que la breve ojeada que le hemos echado bastará para convencer al lector de que nos hallamos ante un auténtico texto revolucionario en la historia de las ideas políticas. De hecho esto lo comprendieron muy bien sus coetáneos enemigos ya que, no por casualidad, coaligaron a partir de ese momento sus esfuerzos para acabar con la experiencia fiumana. Los primeros ataques procedieron del mismo Consejo Nacional, firmemente conservador, que, en las mismas fechas en que se proclamaba la Constitución, pasó a enfrentarse frontalmente con las organizaciones sindicalistas de la ciudad, que contaban con el apoyo del Comandante. A la vez, el Partido Socialista daba orden a sus afiliados en Fiume de no apoyar a D´Annunzio y la dirección del PSI rechazaba la invitación de éste para que secundara su política. Leon Kochnitzky escribía, amargado: "una responsabilidad tremenda recae sobre los dirigentes del PSI". Benoist-Mechin -de nuevo- da en el clavo al escribir: "La tentativa fiumana, como sabemos, no tuvo futuro. Ni los capitalistas ni los socialistas tenían interés en dejarla instaurar ni siquiera en los estrechos límites de la Regencia del Carnaro. Podía haberse extendido como una mancha de aceite. Los historiadores que estudian los hechos de Fiume no han insistido más que en las reivindicaciones italianas frente a Yugoslavia, en la polémica entre los delegados italianos y los representantes de las potencias Occidentales en la Conferencia de París, en el duelo entre D´Annunzio y el gobierno romano. Pero ¿basta esto para entender todo?". No, desde luego que no basta. Las fuerzas políticas de derecha e izquierda, dentro de Fiume, en Italia y también a escala internacional, harían todo lo posible para acabar con el mal ejemplo que el poeta-soldado estaba dando.



Para desgracía del proyecto dannunziano había, además de la fuerte oposición de sus enemigos (casi podríamos decir que existió conspiración en su contra), graves problemas internos, fundamentalmente los derivados del agotamiento de las energías de los legionarios fiumanos. El "impasse" en el que se debatía la cuestión fiumana quebraba el ánimo de aquellos hombres, de temperamento activista. La situación italiana no mejoró porque, aunque finalmente cayó Nitti, su sucesor -Giolitti- no abandonó su oposición frontal a D´Annunzio. Y, aún más, supo atraerse hacia su coalición parlamentaria a los fascistas. El pueblo italiano, por otra parte, se desinteresaba cada día más de la suerte de sus connacionales de Fiume. Finalmente, el nuevo jefe de gobierno supo llegar a un acuerdo diplomático con Yugoslavia. El tratado de Rapallo, firmado en noviembre de 1920, establecía las fronteras italo-yugoeslavas. Zara, la ciudad dálmata que un año antes había ocupado simbólicamente D´Annunzio, quedaba incorporada a Italia; Fiume pasaba a ser una Ciudad Libre; y se reconocía a los italianos de las restantes ciudades dálmatas el derecho a mantener su pasaporte italiano. La mayor parte de las fuerzas políticas que habían apoyado la aventura fiumana (los nacionalistas de Ferderzoni, los ahbitantes de Fiume, incluso De Ambris y Mussolini) consideraban que los intereses italianos quedaban bastante bien

MUSICA

Artículo 64 de la Carta de Carnaro

64. En la provincia italiana de Carnaro, la música es una institución social y religiosa. Una vez en mil o dos mil años de música renacen del alma de una gente y fluye encendida para siempre. Una raza noble no es una que crea un Dios a su propia imagen sino la que crea también la canción donde homenajearlo.

Cada renacimiento de una raza noble es una fuerza lírica, cada sentimiento que sea común a la raza entera, una lírica potencial; la música, el lenguaje del ritual, tienen el poder, sobre todo lo demás, de exaltar el logro y la vida del hombre.

¿No parece que la gran música tiene el poder de traer paz espiritual a la multitud esforzada y ansiosa?

El reinado del espíritu humano no es todavía.

'Cuando lo importante actúa sobre la materia se podrá reemplazar la fuerza física de hombre, entonces la voluntad del espíritu de hombre comienza a ver el alba de libertad': dijo un hombre de Dalmacia de nuestro propio Adriático, el vidente ciego de Sebenico.

Como el canto de gallo anuncia el alba, la música es el heraldo del despertar del alma. Mientras tanto, en los instrumentos del trabajo, de beneficio, y del deporte, en las máquinas ruidosas que, aún estas, caen en un ritmo poético, la música puede encontrar sus motivos y sus armonías.

En las pausas de la música se oye el silencio de la décima corporación.

parados. Quienes se habían levantado contra la "victoria mutilada" veían al menos una parte de sus aspiraciones satisfechas (25). El Comandante no. El no había combatido por un pedazo de tierra sino por crear un hombre nuevo en un mundo nuevo. Su sueño era anexionar Italia a ese microcosmos innovador que fue Fiume. Podemos comprender su desolación. Se sintió traicionado por todos, cayó en un profundo abatimiento. Y el gobierno aprovechó la ocasión para darle la puntilla. El 21 de diciembre de 1920 las tropas del gobierno se desplegaron en torno a la ciudad y pidieron la rendición. Ante la negativa, el día 26 la Marina de guerra italiana hizo acto de presencia en la rada y cañoneó el palacio donde residía el Comandante. Fue la "Navidad Sangrienta". En esta miniguerra civil morirían 22 legionarios fiumanos y 25 soldados gubernamentales. El Comandante capituló, no por falta de valor personal, sino porque -como le diría De Ambris al mismo D´Annunzio- todo había cambiado desde los días de la Marcha sobre Fiume: "En el momento de la marcha de Ronchi, contigo tenías dos inmensas fuerzas morales: la desesperada voluntad de Fiume y el consenso de una gran parte de la opinión pública italiana. Estas dos fuerzas hoy no existen ya". Prolongar el sacrificio de sus legionarios y el de los civiles de Fiume era una actitud sin sentido y sin futuro. Acababa el año 1920 y D´Annunzio celebraba su última ceremonia tras 16 meses en Fiume: un acto religioso en memoria de los caídos.

¿Qué trascendencia tuvo la aventura de D´Annunzio en Fiume? Para muchos la respuesta es simple: el Comandante fue el San Juan Evangelista del fascismo de Mussolini, el creador de su liturgia, de sus rituales. Resulta imposible negar la filiación dannunziana de una gran parte del fascismo. Es lo que muchos no le perdonarán jamás (26). No está demás recordar, sin embargo, que Lenin lo definió como "el único revolucionario de Italia", que Gramsci buscó un acercamiento al poeta-soldado y que el también comunista Bordiga trató de levantar a los veteranos de Fiume contra el fascismo ascendente. Incluso se ha anotado recientemente su vinculación con la extrema izquierda italiana contemporánea, refractaria a la vía parlamentaria y partidaria de la lucha armada: "Basta con leer los escritos de Toni Negri y de Franco Pipperno, los líderes de Autonomía Obrera y Poder Obrero, para darse cuenta de quienes son hoy los verdaderos herederos del poeta-soldado" (27). Decir que D´Annunzio fue el San Juan Evangelista del fascismo será decir poco o nada trascendente mientras que sigamos careciendo de una buena definición de lo que en realidad fue el fascismo. Mientras se siga viendo en él "la dictadura terrorista del gran capital", como dijo en su día Dimitriv, definir a D´Annunzio como fascista es absurdo. Quizá sea la adecuada comprensión de la experiencia de Fiume una de las vías para acceder a un conocimiento más correcto de lo que fue y lo que significó el fascismo.

En todo caso, la experiencia de Fiume trasciende también los límites del fascismo. Ha sido Michael A. Ledeen quien ha sabido situar mejor la experiencia dirigida por el Comandante en un amplio contexto: "Por dieciséis meses D´Annunzio gobernó la ciudad de Fiume y la mantuvo a despecho del mundo entero. No se trata sólo de unos hechos fascinantes y atractivos por derecho propio, sino también de un modelo verdaderamente revelador y sugestivo, puesto que Fiume, bajo D´Annunzio, representó un microcosmos del mundo político

moderno y un análisis del Fiume dannunziano es una gran ayuda para explicar gran parte del comportamiento político de las sociedades Occidentales después de la Gran Guerra. El tipo de manipulación política elaborado por D´Annunzio ha sido el precedente de afortunados movimientos de masas en los decenios siguientes (...) somos los herederos de una tradición política que, en gran parte, se desarrolló en los 16 meses en los cuales Fiume estuvo bajo el control del poeta. La edad de la política de masas ha sido una realidad gracias a los hombres que han aprendido cómo forjar a las masas en un bien afiliado cuerpo político y, entre ellos, D´Annunzio ocupa un lugar importante".

Todo el electrizante ritual dannuziano permitía lograr un crisol donde ideas y fuerzas antes opuestas podían fundirse. "Fiume fue uno de los primeros gobiernos -afirma Ledeen- que consiguió una nueva forma política de consenso. D´Annunzio consiguió convencer a fuerzas aparentemente contrapuestas de que su gobierno era el que representaba mejor sus intereses (...) La esencia de la idea política de D´Annunzio consistió en la intuición de que intereses contrastados podían encontrar su superación, incluso su "sublimación" en un movimiento de nuevo tipo". La Liga de Fiume y la Carta del Carnaro (ese "código napoleónico reescrito por un Ezra Pound" como alguien ha escrito) son dos ejemplos de estas afirmaciones.

Aún podemos llegar más lejos. "La revuelta capitaneada por D´Annunzio estaba dirigida contra el viejo orden existente en Europa Occidental y fue realizada en nombre de la creatividad y de la virilidad juvenil (...) la esencia de tal revuelta fue la liberación de la personalidad humana". Son palbras de Ledeen. Tan ambiciosos sueños son incomprensibles sin acercarse directamente a la figura de D´Annunzio; lo que, por otra parte, debe conducirnos al objetivo final de este artículo: analizar el papel del intelectual y de la Cultura en nuestro tiempo.

Él, que no era una líder político en el sentido clásico, ni tampoco un intelectual volcado en el análisis sociopolítico, demostró que el artista capaz de establecer el lenguaje de la política ejerce, de hecho, un gran poder. Su ingente capacidad mitopoiética hizo girar en torno a sus ideales -a su favor o en su contra- toda la vida política italiana. Supo cubrir, además, el vacío que ordinariamente se abre entre los intelectuales y las masas. En resumen, D´Annunzio va más allá del modelo de intelectual "engagé", presentándosenos como el prototipo de creador en la letra y en la acción.

Pero ¿qué lleva a un creador literario hasta la acción política revolucionaria? La Revolución Liberal (en lo político) y la Revolución Industrial (en lo económico-social) han supuesto la aparición de la sociedad de masas. Pero de masas amorfas controladas por intereses mercantiles: es la sociedad del consumismo. La literatura y el arte no han podido escapar a la lógica implacable de las leyes de la oferta y la demanda y de la máxima rentabilidad como objetivo supremo. ¿Qué arte y qué literatura suministrar a las masas? Un arte y una literatura plebeyizadas. Es el mundo del "best-seller", en el que el artista es valorado por la cotización que sus obras puedan alcanzar en una subasta, o por el número de ejemplares vendidos, independientemente de su calidad intrínseca. La comercialidad es el valor supremo. D´Annunzio se rebeló siempre contra esta perver-



sión. En su obra literaria y en su epopeya fiumana hay un denominador común: el afán por transformar a las masas plebeyizadas del mundo contemporáneo en una comunidad orgánica de hombres y mujeres elevados por la cultura. Sólo en una sociedad donde la persona haya sido así dignificada, el poeta, el creador, podrá liberarse de la dictadura del mercader, desplegar su potencialidad creadora en vez de obsesionarse por el éxito de ventas.

Cuando, el 1 de marzo de 1938, moría Gabriele D´Annunzio, Europa perdía a uno de sus más notables creadores contemporáneos, a un apóstol de la imaginación y de la energía, a un hombre que supo entender que lo que nuestro siglo necesita es, antes que nada y por encima de todo, una Revolución Cultural.



NOTAS

(1) Son opiniones de G. Barbieri Squarotti, recogidas por Juan Arias, en "El País", 2.3.1988.

(2) No es éste un artículo donde se pretenda estudiar la obra literaria de Gabriele D´Annunzio, pero imprescindible, para una adecuada comprensión de su figura, reseñar sucintamente sus libros.

En poesía sus principales títulos son "Primo Vere" (1878), "Canto Nuovo" (1882), "Intermezzo di Rime" (1883), "La Chimera" (1885-1888), "Elegie Romane" (1887-1891), "Odi Navali" (1891-1893), "Poema Paradisíaco" (1893) y, sobre todas ellas, "Laudi del Cielo, del mare, della terra e degli Eroi" (1902-1912).

En el capítulo de teatro destacan "La Citta morta" (1898), "La Gioconda" (1899), "Francesca de Rimini" (1902), "La Nave" (1908) y "Fedra" (1909).

La novela fue el género de otras obras: "Il piacere" (1889), "Giovani Episcopo" (1892), "L´innocente" (1893), "Il triunfo della morte" (1880-1894), "Le vergini delle rocce" (1894) e "Il fuoco" (1899).

Escribió también en francés, con títilos como "La Pisanelle" y -sobre todo- la obra de teatro "Le martyre de Saint-Sebastien". Otros libros suyos son "Per la Morte di Carducci" (1907), "La Leda senza cigno" (1916), "Notturno" (1921), "Il venturiere senza aventura" (1924), "Il sudore di sangue" (1931)... Sus discursos a favor de la causa fiumana y los pronunciados en la ciudad dálmata están recogidos en "Il livro ascetico della Giovane Italia" (1926).

(3) F.T. Marinetti, "Manifiestos y textos futuristas" Ediciones del Cotal, Barcelona, 1978. Cfr. Pág. 62.

(4)Cfr. Mi artículo "Sergio Panunzio", REVISION, vol. III, nº 1.

(5) El nombre de "Oración de Quarto" deriva del lugar desde donde, en 1860, Garibaldi partió con sus "camisas rojas" hacia la conquista de Sicilia.

(6) Las arengas intervencionistas de D´Annunzio aparecen recopiladas en "Per piu grande Italia; Orazione e Messagi", 1915.

(7) La Paz entre los Imperios Centrales y las Potencias Aliadas se realizó gracias a una serie de tratados negociados y firmados en distintas localidades de los alrededores de París: Versalles (con Alemania), Saint-Germain (con Austria), Neuilly (con Bulgaria), Trianon (con Hungría) y Sevres (con Turquía).

(8) El caso de los italianos Sacco y Vanzetti fue mucho más que un ejemplo de error judicial. Acusados, juzgados y ejecutados por un delito que no habían cometido, su caso reveló la xenofobia latente en los países anglosajones contra los hombres de origen latino.

(9) Micahel A. Ledeen, "D´Annunzio a Fiume", Edizioni Laterza, Roma, 1975.

(10) Esta alusión resulta difícilmente comprensible sin conocer una peculiaridad del símbolo heráldico de la ciudad de Venecia, el león de San Marcos. Cuando la ciudad estaba en guerra el libro del Evangelio que el león lleva entre sus garras se representaba cerrado, mientras que cuando se halla en tiempo de paz el libro se representa abierto.

(11) Montello y Vittorio Veneto son los nombres de dos de las principales victorias italianas en la I Guerra Mundial. Rovigo es una ciudad del Veneto, en la carretera de Venecia a Bolonia. El "Victoria a ti, Marcos" es -de nuevo- una alusión al santo patrón de Venecia.

(12) Ledeen, op. cit.

(13) "Benoist-Mechin presente l´imagination au pouvoir ou la Constitution de Fiume" La Pensee Nationale, nº 9, noviembre-diciembre de 1975.

(14) Ledeen, op. cit.

(15) Guillaume de Ferette, "Autosie d´un itineraire politique: Gabrielle d´Annuzio",Defenese de l´Occident, nº 138 y nº 139 (marzo y junio de 1976)

(16) Ledeen, op. cit.

(17) Alusión al "Programa de los 14 puntos" del presidente Woodrow Wilson, donde se definían los objetivos norteamericanos para la postguerra.

(18) Alusión a la grave enfermedad padecida por el presidente Wilson, interpretada por D´Annunzio como un castigo divino.

(19) Enrico Malatesta fue uno de los discípulos italianos de Bakunin. "Anarcocomunista", vivió una vida revolucionaria muy agitada a partir de las insurrecciones anarquistas italianas de 1874, participando en actividades políticas revolucionarias, además de en su país, en Argentina, Francia, Gran Bretaña, EUA y España (donde organizó grupos anarquistas en Madrid y en Andalucía). Durante los primeros años del fascismo italiano editó "Pensero e volonta" (1924-1926). Murió en 1932, en Roma. Ha sido definido como uno de los mayores revolucionarios italianos de la era contemporánea. Nicola Bombacci fue otro de los grandes revolucionarios italianos de la primera mitad del siglo XX. Líder del ala "maximalista" del Partido Socialista, fue después uno de los fundadores del PCI, del cual ostentó cargos directivos hasta 1924. El aplastamiento por parte del terror estalinista de los auténticos revolucionariosbolcheviques le fue apartando del comunismo. Su acercamiento progresivo al fascismo culminó con su adhesión plena a la República Social italiana. Fue ejecutado por partisanos comunistas al final de la guerra.

(20) Carnaro es el nombre italiano de la región donde se encuentra Fiume.

(21) Las ciudades italianas del bajo Medioevo y del Renacimiento (la Florencia de los Médicis, el Milán de los Sforza, la Venecia de los Dogos, etc.) fueron siempre para el Comandante ejemplos de comunidades políticas en las que el arte y la cultura brillaron de manera inigualable.

(22) La palabra italiana "Virtu" no puede ser traducida directamente por la española "virtud" ya que implica también "valor", "carácter", "energía". Se comprende mejor por relación a la idea griega de la "arete".

(23) Estas ideas de D´Annunzio enlazan perfectamente con el modelo de análisis político de Ludwig Van Bertalanffy, la "teoría sistemática". Van Bertalanffy rechazaba la separación entre las ciencias que se ocupan de lo órganico y de lo inorgánico. Su concepto clave es el de "sistema", definido grosso modo como una unidad en la que existen fuertes tendencias que niegan la entropía del universo, o tendencia constante existente en la materia hacia el máximo grado de desorganización, como han demostrado las leyes de la termodinámica. Pero van Bertalanffy ha recordado que existen, en la materia y en las sociedades, tendencias que niegan la entropía (neguentrópicas). D´Annunzio supo captar instintivamente lo que Van Bertalanffy iba a teorizar en 1937: el doble juego de las tendencias entrópicas y las neguentrópicas existentes en toda sociedad, que tienden a equilibrarse (en un proceso de homeostasis) que mantiene la unidad.

(24) De nuevo encontramos aquí una notable anticipación dannunziana sobre la evolución del pensamiento contemporáneo. El antropólogo francés Louis Dumont, en sus libros donde ha analizado la génesis de la ideología occidental, ha llamado abrumadoramente la atención sobre el hecho de que ésta, individualista y economicista, desemboca en una sociedad donde la posesión de cosas (la "reificación" o "cosificación") se erige en valor supremo, en vez de colocarse como tal las relaciones hombre/hombre y hombre/sociedad, a través de las cuales el hombre se realiza y despliega. El crecimiento (la multiplicación de los objetos que han de ser producidos y adquiridos) prima así sobre el desarrollo orgánico de la sociedad y del hombre. Cfr. "Homo Aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica", Taurus.

(25) En 1923 Mussolini anexionó Fiume, lo que fue reconocido diplomáticamente por Yugoslavia en 1924. En 1944 Tito la incorporó a la República Federal de Croacia, una de las integrantes de la Federación Yugoslava.

(26) Leonardo Sciascia, "D´Annunzio, el fascismo y su eco", El País, 31.1.1988.

(27) Juan Arias, "Revisión en Italia de la figura de D´Annunzio en el 50 aniversario de su muerte", El País, 2.3.1988.

D´ANNUNZIO EN NUESTRAS LIBRERIAS

Canto nuevo (Edición bilingüe esp.-ital.) (1987)
Editorial Lumen, S.A.
ISBN 84-264-2753-7

Cuentos del río Pescara (1985)
Alianza Editorial, S.A.
ISBN 84-206-3028-4

El placer (1991)
Ediciones Cátedra, S.A.
ISBN: 84-376-1013-3

El placer (1990)
Ediciones B, S.A.
ISBN: 84-406-1435-7

La hija de Iorio - (La figlia de Iorio) (1998)
Universidad de Valencia. Servicio de Publicaciones
ISBN: 84-370-3850-2

El placer (1997)
Círculo de Lectores, S.A.
ISBN: 84-226-6501-8



D´Annunzio y el cine

En el año 2000, el director Ridley Scott volvió a la gloria, después de años de oscuridad, con su película Gladiator. En esencia, el argumento está calcado de La caída del Imperio Romano, y en espíritu, es en realidad una película de romanos de los años cincuenta y sesenta de alto presupuesto. El éxito de este filme, reavivó el interés de los grandes estudios por el género. De este modo se rodaron Troya (2004) de Wolfgang Petersen, Alejandro Magno (2004), de Oliver Stone, y la serie de televisión Roma, de HBO. Sin embartgo todo comenzó mucho antes, y muy apropiadamente en Roma y con D´Annunzio.
En 1914, Italia dominaba la industria cinematográfica mundial apoyándose en el prestigio del colosal, un tipo de cine de largo metraje y puesta en escena espectacular. El éxito del Quo vadis? (1913), de Enrico Guazzoni, con más de dos horas de largometraje, anima a la productora Itala Film de Giovanni Pastrone (que ya había dirigido La caída de Troya en 1910) a embarcarse en la mayor superproducción cinematográfica rodada hasta la fecha. No se escatiman medios para lograrlo, contratando al escritor más célebre de Italia, Gabriele D'Annunzio, para redactar los títulos. D´Annunzio hizo más que eso contribuyendo a reescribir la obra y rebautizar a los personajes. No deja de ser raro que el personaje literario creado por D´Annunzio que más ha sobrevivido el paso del tiempo haya sido Maciste. El film se llamó Cabiria.

Cabiria

El rodaje se llevó acabo en exteriores de Túnez, Sicilia y los Alpes. En estudio, se fabricaron inmensos decorados y participaron miles de extras. Pastrone utilizó con maestría todos los medios que el lenguaje del cine había desarrollado hasta la fecha, y contó, como operador y director de trucajes, con la participación del español, Segundo de Chomón. Este montó complicados travellings, que ponen de manifiesto la majestuosidad de la puesta en escena.
El film cuenta la historia de Cabiria, niña de la nobleza romana, que, junto a su aya, sufre esclavitud por parte de los cartagineses y que, tras muchas peripecias, es liberada al tiempo que Cartago es derrotada por Roma. Su guión está inspirado muy libremente en la novela de Gustave Flaubert, Salambó y en la de Emilio Salgari Cartagine in fiamme. La película, de más de cuatro horas de duración, está dividida en cuatro partes:
Primera parte Cabiria, niña de una familia romana patricia, vive en Sicilia con su hermano Batto. cuando el Etna entra en erupción, la joven es salvada junto con su nodriza Croessa huyendo por mar.

Segunda parte Cabiria y su aya son raptadas por piratas fenicios y vendidas como esclavas al sumo sacerdote Karthalo en el mercado de Cartago. Por defender a la niña Croessa es azotada brutalmente y dada por muerta. Cabiria espera para ser sacrificada al dios Moloch cuando es rescatada por Fulvio Axila, un noble romano, y su esclavo, el gigante Maciste, tras ser avisados por Croessa, que ha sobrevivido a la agresión.
Tercera parte Aníbal cruza los Alpes al mando del ejército cartaginés. Mientras tanto, nuestros protagonistas son traicionados por los cartagineses, que logran capturar a Maciste y Cabiria. Esta pasa a servir a la hija de Asdrúbal, Sofonisba, enamorada del rey de Nubia Massinissa, mientras que Maciste es encadenado a una gigantesca piedra.
Cuarta parte La flota romana es destruida en Siracusa mediante un ingenio de Arquímedes. Pasan los años y Massinissa ha sido destronado por Silax, rey de Cirta, lo que le ha llevado a aliarse con Roma. En Cartago, Sofonisba es entregada en matrimonio contra su voluntad a Silax. Fulvio, que había escapado, entra como espía en Cartago y consigue liberar a Maciste. Massinissa, al frente de tropas romanas, consigue entrar victorioso en Cartago y libera a Cabiria. Sofonisba es reclamada como sierva por Escipión, pero Massinissa le permite suicidarse ingiriendo un veneno. Por fin, Fulvio y Cabiria logran reunirse, al tiempo que Roma vence definitivamente a los cartagineses.
La película Cabiria influyó decisivamente en la concepción de las obras de largo metraje de David W. Griffith, por su tema histórico, puesta en escena grandilocuente y grandes movimientos de masas. El "colosal" italiano Cabiria constituyó un éxito mundial, y este hecho llevó al cine de Griffith a emprender proyectos como El nacimiento de una nación (1915) o Intolerancia (1916). Como El nacimiento de una nación sería atacada posteriormente por los adalides de lo políticamente correcto que vieron en la trama una alusión no a la historia antigua de Roma sino a la más reciente de Italia, que acababa de arrebatarle al Imperio Otomano sus provincias norteafricanas de Cirenaica y Tripolitania. Cabiria fue condenada a posteriori como uno de los filmes que "ayudaron a resucitar una historia lejana que legitimaba el presente de Italia e inspiraba sus sueños de conquista."



Eia,
eia,
eia...
Alala!

